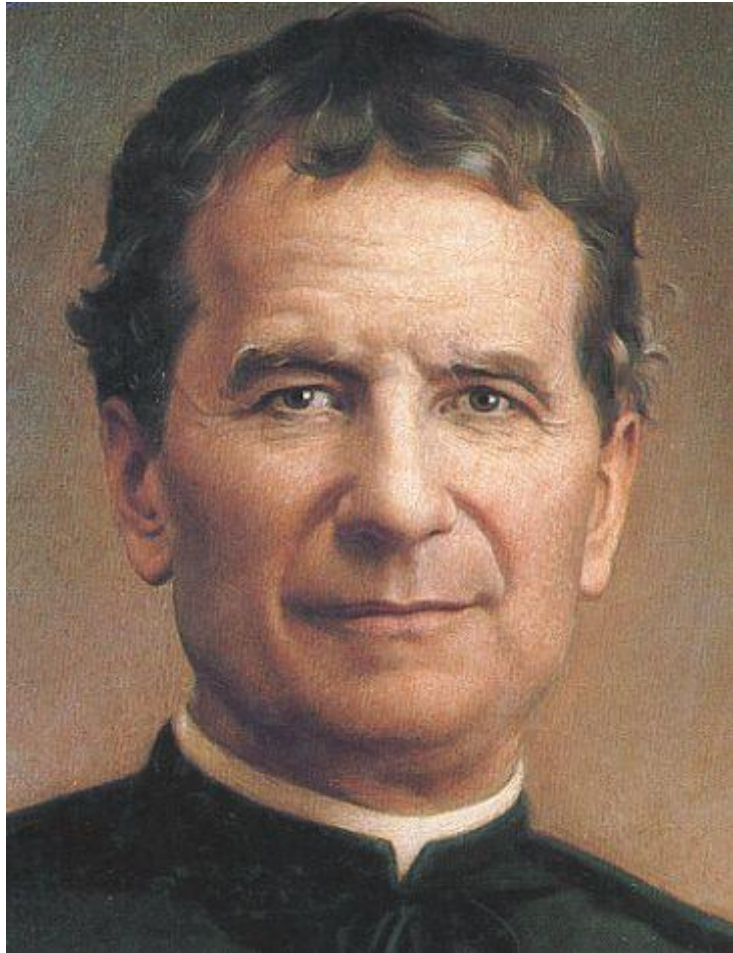




Sucesos de la vida de San Juan Bosco

1.-EL SUEÑO DE LOS NUEVE AÑOS (1824)

A los nueve años, narra Don Bosco, tuve un sueño que me quedó profundamente impreso para toda la vida. Me pareció que estaba cerca de mi casa en un patio muy espacioso, donde se hallaba recogida una multitud de niños, que se solazaban. Unos reían, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias me lancé enseguida en medio de ellos usando mis puños y palabras para hacerles callar. En aquellos momentos apareció un hombre venerable, de edad madura y noblemente vestido. Le cubría toda la persona un manto blanco; pero su cara era tan reluciente, que no podía mirarle. Me llamó por mi nombre y me ordenó que me pusiera a la cabeza de aquellos niños, añadiendo estas palabras: No con golpes, sino con la mansedumbre y con la caridad tendrás que ganarte a estos amigos tuyos. Ponte inmediatamente a hacerles unas reflexiones sobre la fealdad del pecado y sobre la preciosidad de la virtud.

Confundido y espantado dije que yo era un pobre niño, un ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En ese momento los chicos suspendieron las riñas, los gritos y las blasfemias y rodearon todos al que hablaba.

Casi sin darme cuenta de que decía: -¿Quién sois vos que me mandáis cosas imposibles? -
Añadió:

-Precisamente porque te parecen imposibles esas cosas, tienes que hacerlas posibles con la obediencia y la adquisición de la ciencia.

-¿Dónde y con qué medios puedo alcanzar la ciencia?

-Yo te daré la maestra; bajo su disciplina sabia puedes llegar a ser sabio, y sin ella toda sabiduría se vuelve necedad.

-Pero, ¿Quién sois vos, que me habláis de esa manera?

-Yo soy el hijo de aquella que tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.

-Mi madre me dice que no me junte con los que no conozco, sin su permiso; dígame, pues, su nombre.

-Mi nombre pregúntaselo a mi madre.

En aquel momento vi junto a él una mujer de majestuoso aspecto, vestida con un manto resplandeciente por todas partes, como si cada punto del mismo fuese una estrella. Dándome cuenta de que cada vez estaba más confuso en mis preguntas y respuestas, me hizo señal de que me acercara a él y tomándome de la mano con bondad me dijo:

-Mira.

Miré y me di cuenta que los niños habían huido todos y en su lugar vi un gran número de cabritos, de perros, de gatos, osos y animales varios.

-He aquí tu campo; aquí es donde tienes que trabajar. Hazte fuerte, humilde y robusto; y lo que ves en este momento que sucede con estos animales tú tendrás que hacerlo con mis hijos.

Volví la mirada y, en lugar de animales fieros, aparecieron otros tantos corderillos, que corrían en derredor balando, como para hacer fiestas a aquel señor y a la señora.

En ese momento, siempre en sueños, me puse a llorar, y a rogarle que me hablase de modo que yo pudiera comprenderle, porque no sabía a qué aludía. Entonces ella puso su mano en mi cabeza diciéndome: -A su tiempo lo comprenderás todo.

Dicho esto, me despertó un ruido y todo desapareció.

Quedé estupefacto. Me parecía que las manos me dolían por los puñetazos que había dado y que la cara me doliese por las bofetadas recibidas. Después... aquel personaje y aquella señora, las cosas dichas y oídas se apoderaron de tal modo de mi mente, que por aquella noche ya no me fue posible volver a dormir.

A la mañana siguiente conté en seguida a mis hermanos lo que había soñado y se me echaron a reír; luego se lo conté a mi madre y a la abuela. Cada una daba su interpretación. Mi hermano José decía que yo sería guardián de cabras, de ovejas o de cualquier otro animal.

Antonio con seco acento añadió: -Quizás llegues a ser capitán de bandoleros.

Mi madre: -Quién sabe si serás sacerdote.

Pero la abuela, que sabía mucho de teología y era analfabeta del todo, dio la sentencia definitiva del todo diciendo: -No hay que hacer caso de los sueños.

Yo era del parecer de la abuela; pese a todo, me fue imposible borrar el sueño de mi mente. Yo callé todo esto; mis parientes no hicieron caso. Pero cuando en 1858, fui a Roma para tratar con el Papa acerca de la congregación salesiana, él hizo que le contara minuciosamente todo aquello que tuviera visos de sobrenatural, aunque solo fueran aparentemente. Conté entonces por primera vez el sueño tenido sobre los 9 o los 10 años. El Papa me mandó que lo escribiera en su sentido literal y pormenorizado para aliento de los hijos de la congregación, que era la finalidad de mi ida a Roma (Don Bosco, Memorias del Oratorio, 22).

2.-INCREÍBLE HISTORIA DE UN CÁLIZ (1846)

Después de algún tiempo, en 1946, Don Bosco tuvo necesidad de un cáliz y no sabiendo cómo procurárselo dado que no tenía dinero para adquirirlo. He aquí que una noche vio en sueños que en su baúl había una suma suficiente para su compra. Por la mañana salió a Turín por asuntos diversos y mientras caminaba le vino a la mente otra vez el sueño y pensaba la alegría que se llevaría si de verdad estuviera en el baúl la cantidad soñada. Fue tal la impresión que le produjo esta idea, que dio media vuelta y corrió a su casa para registrar el baúl.

Así lo hizo: halló ocho escudos; la suma que necesitaba precisamente. Nadie podía haber dejado allí esos ocho escudos, porque la casa estaba siempre cerrada. Su madre Margarita no contaba con cantidades que le permitieran darle tales sorpresas y fue la primera en quedarse boquiabierta cuando supo lo ocurrido (M.B., III, 31).

3.-FUERA LA BLASFEMIA, FUERA EL DOLOR DE MUELAS (1846)

Don Bosco era también célebre por sus bendiciones a los que sufrían de dolor de muelas. Un día de 1846, mientras se encaminaba a la ciudad, atravesando la plaza de Manuel Filiberto, junto a plaza Milán, algunos jóvenes acompañaban a un amigo. Este, atormentado por un fuerte dolor de muelas, gritaba como si delirase y blasfemaba horriblemente. Sus compañeros, viendo de lejos a Don Bosco, le dijeron: Mira, Don Bosco viene hacia aquí; encomiéndate a él; dile que te dé su bendición.

Pero él, cada vez más furioso, imprecaba también contra Don Bosco y sus bendiciones.

Don Bosco, mientras tanto, se había acercado; aquel pobrecito no quería escuchar las palabras del sacerdote. Pero tanto insistió Don Bosco que el pobre joven se calmó, se arrodilló, rezó el acto de constricción, pidiendo perdón a Dios de las blasfemias y prometió que iría a confesarse. Entonces Don Bosco le dio la bendición y el dolor de muelas desapareció.

Tal noticia se divulgó después y los que padecían de dolor de muelas iban a que les bendijera y curaban de repente.

Don Bosco, para amenguar el curso y para que no se le atribuyeran a él las curaciones comenzó a sugerir y a hacer aconsejar por otros, a esos enfermos, algún acto especial de piedad en honor del Santísimo Sacramento, de María o de San Luis. Y apenas tenía cumplimiento la indicada devoción, el mal desaparecía (M.B., III, 492).

4.-MULTIPLICACIÓN DE LAS HOSTIAS (1848)

Primera multiplicación (1848)

Se celebraba en el Oratorio una de las fiestas más solemnes. Varios centenares de jóvenes estaban preparados para hacer la comunión. Don Bosco celebraba la Misa convencido de que en el sagrario estaría el copón como siempre lleno de formas sagradas. Pero al llegar la comunión tuvo la amarga sorpresa de comprobar el olvido del sacristán. No pudiendo

resignarse a dejar sin comunión a aquella masa juvenil, alzó los ojos al cielo y comenzó a distribuir las partículas existentes. Y he aquí que, con gran maravilla del sacristán Buzzetti, que todo confuso pensaba en el disgusto que se habría llevado Don Bosco por su olvido, las hostias se multiplicaron entre las manos del santo, que pudo dar la comunión a 650 chicos. Buzzetti terminada la función, fuera de sí por la alegría y la sorpresa, contaba a todos lo sucedido y como prueba presentaba el copón lleno de hostias que había olvidado poner.

Quince años después, el 18 de octubre de 1863, Don Bosco mismo confirmó la verdad del hecho. Interrogado sobre la veracidad de la narración de Buzzetti, se puso serio y respondió: - Sí, había pocas partículas en el copón, y, no obstante, pude dar la comunión a todos los que se acercaron al altar; y no fueron pocos. Con ese milagro nuestro Señor Jesucristo quiso demostrar lo mucho que agradece las comuniones bien hechas y frecuentes.

Los circunstantes tomando confianza con él fueron más allá y le preguntaron qué sentimientos había sentido ante el prodigio. Don Bosco les complació diciendo:

-Estaba conmovido, pero tranquilo. Pensaba: es un milagro mayor el de la consagración que el de la multiplicación. Pero el Señor sea bendito en todo.

Segunda multiplicación (1854)

Este otro prodigio permaneció ignorado; pero una providencial conversación con sus hijos, un día del 1861, ofreció a Don Bosco la ocasión de referirlo; y lo hizo con su encantadora sencillez con que narraba hasta las cosas más extraordinarias. La conversación había recaído en algunos jóvenes de la casa que por su excepcional bondad eran favorecidos por Dios con dones sobrenaturales. Después que el santo hubo narrado unos casos, uno de los presentes con filial confianza le preguntó si también a él el Señor le había concedido alguna visión eucarística.

-Respecto a la Hostia Santa nunca fui favorecido con signos extraordinarios, exceptuada la multiplicación de las formas. El que tuvo lugar una mañana del 1854 fue un hecho verdaderamente bello y sorprendente.

Como al principio se habían acercado pocos a comulgar, no pensé en partirlas; pero apenas comulgaron los primeros, llegaron otros y luego otros más, de forma que la cola que se formó delante de la balaustrada se renovó tres o cuatro veces. Habría repartido una cincuenta comuniones.

Yo quería volver al altar, después que comulgaron los primeros para partir las formas, pero como me parecía ver en el copón siempre la misma cantidad, seguí dando la comunión. Continuó así sin darme cuenta de que disminuyesen las partículas. Cuando llegó la última comunión me encontré con gran sorpresa mía que solo quedaba una sagrada forma. Di con ella la comunión y el copón quedó vacío. Sin saber cómo, había visto multiplicarse las formas bajo mis ojos.

Tercera multiplicación (1864)

Otro hecho sorprendente aconteció en los primeros meses de 1864. Decía Don Bosco la misa, un día, después de la de comunidad. Sabía que el copón había quedado vacío, pero no se preocupó por consagrar. Pero al llegar el momento de la comunión, dos o tres jóvenes se presentaron para comulgar. El santo, dando un vistazo para cerciorarse del número de comulgantes, partió en cuatro la hostia grande de la exposición y se puso a dar la comunión. El primero era Francisco Vicini, el segundo José Sandrone. El monaguillo que llevaba la palmatoria vio con sorpresa que se acercaba al altar al menos una decena de chicos y se preguntó en su corazón que haría Don Bosco en el apuro. Vio que Don Bosco partía las formas remanentes y daba la comunión a todos con pedacitos de hostia iguales a los primeros. Se habló del hecho entre los jóvenes del Oratorio, pero estaban tan acostumbrados a ver en Don Bosco el hombre de los portentos, que no hicieron gran caso de lo sucedido.

Cuarta multiplicación (1885)

Este otro prodigio tuvo lugar en la Basílica de María Auxiliadora, en el altar de San Pedro (donde hoy se levanta el de Don Bosco), delante de los duques de Norfolk. Era el 24 de mayo y Don Bosco celebraba la Misa para los dos ilustres personajes ingleses.

Como el altar no tenía sagrario, se puso sobre el altar un pequeño copón con una veinte hostias, suficientes para dar la comunión a los duques y a su séquito. El santo las consagró; pero llegado el momento de la comunión, cuando los fieles vieron que el celebrante daba a los duques la comunión y se la daba también a los de su séquito, se acercó también. El clérigo y el sacristán trataban de convencer a la gente de que se retirara pues no había formas suficientes, y que convenía dejar para los ingleses las pocas que había. Pero era hablar al aire. Les parecía una suerte muy grande poder recibir la sagrada forma de manos de Don Bosco.

Este, dándose cuenta, dijo al monaguillo: Déjales.

El monaguillo no insistió más pero no creía a sus ojos cuando vio que Don Bosco, sin partir ninguna forma, daba a todos la comunión (M.B., passim).

5.-MULTIPLICACIÓN DE LAS CASTAÑAS (1849)

En 1849, un domingo después de la fiesta de Todos los Santos, Don Bosco terminado en la capilla el ejercicio de la buena muerte, llevó a todos los chicos internos y externos del Oratorio a visitar el camposanto y a rezar por los difuntos. Les prometió a todos un puñado de castañas

cuando volvieran a Valdocco. Mamá Margarita compró tres sacos; pero pensando que su hijo necesitaría sólo una pequeña cantidad para contentar a todos, coció muy pocas castañas. José Buzzetti, que precedió a sus compañeros en la vuelta, al entrar en la cocina y ver que hervía una olla poco capaz se lamentó con Mamá Margarita que no habría para todos. Por desgracia no se podía remediar en seguida la falta. Y he aquí que llegan de pronto todos los muchachos y se aglomeran en la puerta de la iglesia de San Francisco. Don Bosco en persona se puso también en la puerta, listo para empezar el reparto. Buzzetti echó las castañas en una cesta y la sostenía con los brazos. Don Bosco creyendo que su madre habría cocido todas las castañas compradas llenaba la gorra que cada chico le ofrecía. Buzzetti viendo que daba demasiadas castañas a cada uno le gritó: -Pero Don Bosco ¿qué hace? No hay para todos. Si sigue así no llegamos ni para la mitad.

-Que sí, le respondía Don Bosco, hemos comprado tres sacos y mi madre las ha cocido todas.

-Que no, que sólo ha cocido éstas, repetía Buzzetti.

Sin embargo, como le dolía a Don Bosco tener que reducir la ración, le dijo tranquilamente:

Sigamos dando a todos lo mismo hasta que se acaben.

Y seguía dándoles a todos igual ración que a los primeros. Buzzetti movía la cabeza mirando a Don Bosco hasta que en la cesta no quedaban ya más que para dos o tres. Sólo una tercera parte de los chicos había retirado su porción y su número se acercaba a los 600. a los gritos de alegría sucedió un silencio de ansiedad, porque los más cercanos se habían dado cuenta de que las castañas se acababan.

Entonces Don Bosco, creyendo que su madre por motivos económicos había guardado las otras corrió arriba y halló con sorpresa que de verdad no habían sido cocidas y que en lugar de la olla grande había puesto al fuego sólo la pequeña. ¿Qué hacer? No se desalentó, sino que dijo: Las he prometido y no quiero faltar a mi palabra.

Tomó un gran colador de la cocina, lo llenó de castañas y comenzó de nuevo la distribución de las pocas que quedaban cocidas. Buzzetti estaba como fuera de sí. Don Bosco metía el colador en la cesta y lo sacaba colmado de castañas, tanto que se le caían; mientras tanto parecía que la cantidad que quedaba en la cesta no disminuía. No dos o tres, sino más de 400 tuvieron hasta hartarse.

Cuando Buzzetti llevó la cesta a la cocina vio que aún quedaba una ración, la de Don Bosco; la Virgen le había reservado su parte. La voz del hecho se corrió desde los chicos más próximos a los más lejanos, todos contenían la respiración esperando el final; y cuando el último recibió su parte, resonó un grito universal: -Don Bosco es un santo, Don Bosco es un santo.

Don Bosco impuso silencio rápidamente, pero le costó mucho acallar sus gritos, mientras le rodeaban.

En memoria de este prodigio quiso Don Bosco que todos los años se repartieran castañas a todos los chicos del Oratorio la tarde de Todos los Santos (M.B., III, 576).

6.-EL GRIS (1852)

El sentimiento de la gratitud estaba tan arraigado en el corazón de Don Bosco, que bastaba hacerle un favor una vez para que guardara de él un recuerdo imperecedero. Dicen que quien hace un beneficio hace un ingrato y muchos descontentos. <Don Bosco estaba decididamente fuera de este esquema y hasta el fin de su vida contó entre sus bienhechores, reservando a tales personas los honores debidos a tal género de personas, a los que durante su juventud le habían prestado los favores más humildes. Entre esas personas estaban los dueños del caserío de los Moglia a los que no dejaba de visitar siempre que pasaba cerca.

Fue también una tarde del octubre de 1866. Había obscurecido por haberse entretenido más de la cuenta en la casa parroquial de Butigliera. El tiempo además amenazaba lluvia y las carreteras embarradas estaban llenas de acechanzas. De todos modos se aventuró, quizás por no faltar a la cita; pero en seguida que dejó atrás Moriondo, perdió el camino y se vio ante dificultades jamás probadas hasta entonces.

Cuando ya estaba calado por el sudor y la lluvia, se presentaron a cortarle el paso dos mastines que parecían actuar en serio. Entonces suspiró Don Bosco: -Si tuviera aquí el Gris, que oportuno llegaría. Dicho y hecho; como en un cuento de hadas, vio que a su lado aparecía un perro, alto y macizo más que los mastines, y con un tono de voz que no admitía contemplaciones. Como los mastines insistían en su actitud hostil, les hizo frente uno a uno separadamente y les rechazó dejándolos maltrechos, y sin fuerzas para ladrar. Luego tomó bajo su protección a Don Bosco, lo llevó al buen camino y los acompañó hasta la casa de los Moglia donde, tras los saludos de rigor, todos le hicieron al perro mil fiestas. Le ofrecieron cena, pero rehusó; cuando después lo buscaron para ponerlo en un rincón calentito no lo encontraron. Se había marchado sin saludar, pero también... sin abrir la puerta.

¿Qué era este perro que no comía, llamado aparecía justo a tiempo y desaparecía sin molestar ni siquiera a las cerraduras? También se lo preguntó Don Bosco, se lo preguntaba cada vez que aparecía, pero no supo nunca dar una respuesta adecuada, salvo ésta, que era un medio extraordinario del que se servía el Señor para solucionar ciertas situaciones en las que se veía envuelto por causa de su celo.

Y no lo veía él solo, excepto alguna rara vez en que se le vio rodear obstáculos inexistentes o pedir explicaciones al viento. Lo vio Mamá Margarita, que era una mujer con los dos pies en tierra; lo vieron sus colaboradores y sus alumnos; lo vieron y lo sintieron, no solo con los oídos, sus enemigos. Recibía de unos palos y de otros caricias, sin manifestar nunca otros sentimientos que no fueran los de alegría por la protección que se le permitía dar a un hombre tan universalmente amado como Don Bosco.

Quien lo vio trató también de describirlo y así nos consta por Carlos Tomates, que tenía un aspecto <<casi de lobo, morro alargado, orejas tiesas, pelo gris, altura un metro>>. Era un perro de aspecto verdaderamente imponente, y cien veces, al verlo Mamá Margarita, según manifestaron sus contemporáneos, había exclamado: -¡Ah, la mala bestia! Mala, más que por

su aspecto por el miedo que infundía, pero cuán providencial para el pobre Don Bosco, que entonces vivía fuera de la ciudad.

En sus tiempos, en efecto, las casas sólo llegaban a la altura del manicomio que había sido construido en la calle de San Máximo, hoy Corso Regina Margherita. Los malintencionados, y los había entonces, aprovechaban el espacio que separaba la casa Pinardi del Rondó, al que se asoma precisamente el manicomio para tenderle asechanzas y darle alguna lección. Entre los más asiduos y cabezones estaban los protestantes que no le perdonaban por nada las <<Lecturas Católicas>>, y con frecuencia armaban manos pagadas para quitárselo de en medio.

* * *

La primera vez que se le apareció el Gris fue en 1852, una tarde que volvía, entrada la noche, sin compañeros y sin defensa. Al verse de improviso al lado de un perrazo que le seguía y al que no había visto nunca apenas logró disimular un movimiento instintivo de pánico. No tardó mucho en convertirse aquel movimiento en agradecimiento, cuando se dio cuenta que en vez de atacarle se deshacía en zalemas y, al final, no pretendió ni entonces ni nunca recompensa alguna.

Porque se le apareció numerosas veces. Entre otras, merece que se recuerde la que tuvo lugar en 1854, cuando Don Bosco fue asaltado por dos individuos decididos a eliminarlo. Don Bosco se había dado cuenta que dos personas, envueltas en amplias capas al uso de entonces, le precedían intencionadamente. Se había dado cuenta de ello porque si él se paraba ellos se paraban y si retardaba el paso ellos hacían lo mismo; evidentemente no querían perderle de vista para atacarle en un lugar menos frecuentado.

En un momento dado Don Bosco, para zafarse de ellos, hizo como que volvía sobre sus pasos e inmediatamente aquellos se pusieron a su lado. Los tabardos sirvieron para inmovilizarlo y los pañuelos para cerrarle la boca e impedirle gritar y pedir socorro. Fue en este preciso momento cuando apareció no se sabe por dónde el Gris, que restableció el equilibrio de fuerzas.

Se lanzó con sus garras contra uno de los individuos y le obligó a quitar el tabardo de la cabeza de Don Bosco para defenderse a sí mismo; luego se tiró contra el otro en un santiamén y lo echó por tierra. El primero, visto lo feo del asunto trató de huir, pero el Gris no se lo permitió, saltándole sobre la espalda y arrojándolo al barro. Esto hecho se quedó allí inmóvil, ladrando y mirando a los dos asesinos como diciendo: ¡Ay de vosotros si os movéis!

Ante el imprevisto cambio de escena se pusieron a gritar los dos bribones a coro: -Llame al perro, llame al perro.

-Lo llamaré, respondió Don Bosco, si dejáis de seguirme.

-Sí, sí, lo dejamos; vaya donde quiera, pero llámelo pronto, gritaron ambos.

-Gris, ven aquí, ordenó Don Bosco.

Y el perro obediente se le acercó, dejando paso libre a los malhechores, que se fueron corriendo. A pesar de esta defensa insospechada, Don Bosco sintiéndose sin ánimos para proseguir su camino hasta su casa se metió por esta vez en el Cotelengo. Allí rehecho un poco de su espanto y caritativamente restablecido con un oportuno cordial, se encaminó al Oratorio acompañado por una buena escolta.

* * *

Otra tarde, de noche, volvía a casa por el Corso Regina Margherita, cuando un individuo, que espiaba sus pasos, apostado detrás de un olmo, le disparó casi a boca jarro dos pistoletazos. Habiendo fallado ambos, el asesino se precipitó sobre Don Bosco para acabar con él de otra forma; pero en ese instante llega el Gris, se lanza impetuosamente contra el agresor, lo pone en fuga y luego acompaña a Don Bosco hasta el Oratorio.

* * *

Otra vez, en lugar de acompañarlo a casa, le impidió salir de ella. Por un olvido ocurrido durante el día, tuvo que salir del Oratorio a una hora muy tardía. Mamá Margarita trató de disuadirlo; pero él exhortándola a no temer, llama a algunos jóvenes para que le acompañen y se dirige a la puerta. Llegado a ella se encuentra al Gris tumbado.

-El Gris, exclamó. Mejor, seremos uno más. Levántate, le dijo al perro, y vámonos.

Pero el Gris en lugar de obedecer, lanzó una especie de gruñido y no se movió.

Dos veces seguidas trató Don Bosco de pasar por encima de él y otras dos se lo impidió el perro. Alguno de los chicos le da con el pie tratando de que se moviera, pero responde con un ladrido espantoso.

La buena Margarita le dijo en seguida a Don Bosco: -Si no quieres hacer caso a tu madre hazlo a ese perro: no salgas.

Don Bosco viendo a su madre tan preocupada, pensó que era mejor complacerla y desistió.

Aún no había pasado un cuarto de hora cuando llegó un vecino a decirle que estuviera atento, porque se había enterado de que tres o cuatro individuos merodeaban por Valdocco, decididos a darle muerte.

* * *

Otra vez el Gris le libró no de uno o dos asaltantes si no de varios. Una tarde, siempre de noche, Don Bosco volvía a casa por la calle que desde plaza Milán (ahora de la República), lleva al así llamado Rondó. Llegado a poco más de la mitad, Don Bosco sintió que corrían detrás de él. Se vuelve y se vio a pocos pasos de un hombre con un látigo en la mano; se puso a correr tratando de llegar a su casa antes que el bandido.

Había llegado ya a la bajada, que bordea ahora casa Delfín, cuando descubre al final de la misma otro grupo de hombres, que tratan de cogerlo en medio. Dándose cuenta del peligro pensó en librarse primero del que le sigue. Estaba éste a punto de alcanzarlo y darle un latigazo, cuando Don Bosco se para de golpe y le clava con tal destreza el codo en el estómago que el perseguidor cae rodando por tierra con los pies en alto. El éxito del golpe le hubiera permitido a Don Bosco librarse de las manos de aquel, pero los demás, armados de garrotes, ya casi lo tenían rodeado. En aquel instante salta afuera el Gris, se pone al lado de Don Bosco y da tales ladridos, se agita con tal furia que aquellos malintencionados, rogándole a Don Bosco que lo amanse y retenga, uno tras otro a toda prisa desaparecen. El perro no abandonó a Don Bosco hasta que hubo entrado en el Oratorio.

* * *

Una tarde el Gris, sirvió de espectáculo en el Oratorio. Estaba cenando Don Bosco con algunos sacerdotes, clérigos y su madre, cuando entró el gris en el patio. Algunos chicos, que no lo habían visto nunca, tuvieron miedo y lo quisieron echar a pedradas. Pero uno que lo conocía dijo:-No le hagáis daño, es el perro de Don Bosco.

A estas palabras se le acercan todos y lo acarician, le tiran de las orejas, le hacen mil mimos y por fin se lo llevan al comedor. La visita inesperada de aquel perrazo asustó a alguno de los comensales de Don Bosco, el cual al verlo exclamó: Mi Gris. Dejadle que se acerque y no teman nada.

El perro, echada una ojeada sobre la mesa, dio la vuelta y contento se acercó a Don Bosco que, habiéndolo acariciado, quiso darle un poco de cenar; le ofreció menestra y pan; también le ofreció agua; el Gris lo rehusó todo sin ni siquiera olerlo...

-Entonces ¿qué quieres?, le preguntó Don Bosco. El perro sacudió las orejas y movió la cola.

-Si no quieres nada ni comer, ni beber, estate alegre y vete, le dijo Don Bosco.

Entonces el majísimo perro, dando señales de alegría, apoyó su cabeza sobre la mesa, mirando a Don Bosco como si quisiera darle las buenas noches. Hecho esto echó a andar y se salió acompañado de los colegas hasta la puerta. Aquella tarde había llegado Don Bosco a casa tarde; pero en carroza con el marqués de Fassati. No habiéndolo encontrado por el camino parecía que el perro había venido a cerciorarse de que estaba seguro u a que Don Bosco supiera que él le había esperado fielmente como de costumbre.

Una vez unos clérigos, estimulados por su continuo rehusar la comida lo encerraron en una habitación, diciéndose: Cuando lo tengamos medio día encerrado en ayunas, veremos si sigue rehusando la comida. Al día siguiente fueron todos juntos a liberar al prisionero, pero no estaba y los clérigos se quedaron estupefactos, porque las puertas y ventanas se hallaban muy bien cerradas (M.B.).

No se supo nunca de dónde venía este perro, ni adónde iba, cumplida su misión; quedó perfectamente desconocido (D'Espiney, Don Bosco, 153).

* * *

Viajando por Francia, el 13 de febrero de 1883, Don Bosco se detuvo en Vallecrosia, para limar algunas dificultades surgidas con el obispo de Ventimiglia, ocasionadas por acusaciones gratuitas, procedentes de alguna lengua viperina, acostumbrada a hablar mal de los salesianos. Don Bosco queriendo personalmente poner las cosas en su sitio se apresuró a ir con Don Durando a ver al obispo, con quien se entretuvo hasta muy tarde.

A la vuelta le ocurrió un alegre e inesperado encuentro.

Habiendo buscado en vano un coche de punto, hubo que resignarse a hacer el camino a pie. Durante el día había llovido mucho, de suerte que a la oscuridad creciente se añadía el barro para dificultar más el camino. Cuando por su vista débil el siervo de Dios no sabía ya por donde poner los pies, he aquí que se le presenta un viejo amigo, el famoso Gris, al que no veía desde hacía una docena de años. El buen animal se acercó festivamente y luego comenzó a andar medio metro delante de él para que le viera. El perro caminaba a paso lento y uniforme, de modo que lo pudiese seguir quien caminaba a duras penas y cuidaba de evitarle los charcos. Llegado cerca de casa desapareció.

Don Durando, que trataba de no enfangarse por su cuenta, aseguró siempre que no vio nada; pero Don Bosco narró varias veces el hecho. Un día lo contó en Marsella en casa Olive, durante una comida. La señora le preguntó: -Pero, ¿cómo puede ser que este perro tenga tantos años, si no viven tanto tiempo?

Don Bosco le respondió sonriendo: -Entonces habrá sido un hijo o un nieto de Gris.

En otra ocasión se le preguntó qué forma tenía:

-Era un perro, contestó con toda naturalidad (M.B.,XVI, 36).

* * *

Entre los alumnos que conocieron al Gris en los años transcurridos en Valdocco con Don Bosco había un tal Pedro Grasso, que en 1886 quiso dibujar con carboncillo su figura en compañía de Don Bosco. <<Cuando le fue presentado el cuadro a Don Bosco, exclamó: Mira, mi Gris.

Este cuadro fue puesto a sorteo en la lotería del 24 de mayo de 1894, que por esa fecha cada año los hijos de Don Bosco organizaban en el Oratorio de Turín por las fiestas de María Auxiliadora.

Don Carlos Farina, el inolvidable director del Oratorio de aquellos tiempos, me regaló un billete de veinte céntimos y con ellos tuve la suerte de que me tocará el cuadro del gris de Don Bosco. Recuerdo que cuando se me entregó el cuadro, Don Esteban Trione – uno de los propagandistas más activos de Don Bosco y de sus obras – vino a felicitarme y me dijo:

- Verás como el gris de Don Bosco te dará suerte.

Después de cincuenta y ocho años tengo que confirmar verdaderamente que Don Bosco y su Gris me han traído la suerte grande del sacerdocio; y si algo bueno he podido hacer, se lo debo a Don Bosco en quien siempre me he inspirado. Que Don Bosco traiga suerte también a los queridos salesianos, a través de la caridad de sus bienhechores>>.

Esta carta es de Don Ambrosio Trezzi, párroco de Vedano Olona, antiguo alumno del Oratorio; fue escrita al Boletín Salesiano, en 1960, cuando, para sustraerlo a posibles pérdidas, regaló el cuadro a los salesianos que lo han expuesto en las habitaciones de Don Bosco (B.S., 1960).

* * *

Una monja de María Auxiliadora fue también socorrida por el Gris, junto con otra hermana, en Umbría, en el camino que une Cannara a Asís, en 1893.

La monja en cuestión responde al nombre de Amalia Calaón, y en la época de su encuentro con el Gris, si bien tuviese sólo veinticuatro años, ya tenía ocho de profesión religiosa. Era paduana y murió en Bordighera, en 1937, a los sesenta y ocho años de edad y cincuenta y tres de profesión. He aquí su testimonio.

<<Era el 2 de noviembre de 1893; hacía cerca de un mes que me hallaba en Cannara, pueblo de Umbría, asentado en riente y fértil llanura, cuando la señora directora, sor Brígida Prandi, nueva como yo en la casa y en el país, me llamó y me dijo: ¿Te sentirías con ánimo para ir a Asís?

La miré maravillada y ella intuyendo mis dificultades, añadió: -No irás sola, sino con sor Dallara. Necesito enviar a la curia del señor obispo a alguien para que adquiera algunos objetos que en el pueblo no se encuentran y para retirar de aquella estación un envío...

Salimos a la una de la tarde. Caminando, caminando, nunca llegábamos a la colina hermosa, que desde casa parecía tan cerca. Si hubiésemos conocido la distancia no habríamos salido tan tarde de casa. Apresuramos el paso; todo el rato íbamos hablando de Don Bosco cuya vida

estábamos leyendo en el comedor. Tan absortas íbamos que no sentíamos el cansancio ni nos dábamos cuenta del tiempo que pasaba.

Después de dos horas llegamos finalmente a la mística ciudad, en la que vibra perenne el espíritu del Seráfico Pobrecito. Sonaba el Ave maría y nosotras estábamos todavía allí arriba. Del valle, mientras tanto, se levantaba un tenue velo de cándida niebla que confundía los caminos y los ríos, los rientes pueblecitos y bella cúpula de Vignola. Con resuelto paso, por atrevidos atajos, bajamos a la estación donde retiramos el envío y nos pusimos en camino para Cannara.

Caía la noche; la niebla se espesaba de modo que no nos dejaba distinguir nada. Nosotras con el corazón apretado y el paso rápido, suspirábamos por nuestra casa, que se nos antojaba muy lejos todavía. La carretera provincial, ancha y bien cuidada, parecía que no se terminaba nunca. De pronto nos pasa por la mente un pensamiento trágico: -Y ¿si no estamos en el buen camino? Nos detenemos en una casita rústica y preguntamos a la mujer: -¿Vamos bien para Cannara?

-No, pero no, monjitas mías. Este es el camino que lleva a Foligno. Vuelvan atrás y tuerzan a izquierda, donde verán una carretera casi como ésta y luego vayan siempre derechas, siempre adelante que no se equivocarán...Pero —continuó con primorosa bondad— sería mejor que se quedasen a dormir en mi casa; somos pobres, pero una cama y una modesta cena no les faltará. ¿A dónde quieren ir tan solas y de noche oscura?

Se lo agradecemos y cada vez más preocupadas, volvimos atrás. Reina un alto silencio; solo nos llega de cuando en cuando el ladrido lejano de algún perro guardián. Nuevas en el lugar, desconocedoras de usos y costumbres de un país tan distinto del nuestro, comenzamos a tener miedo en serio. Dirigiéndome a mi hermana, le digo: -¡Oh si Don Bosco, del que tanto hemos hablado y al que tanto queremos nos mandase en defensa su Gris!

-De verás, responde suplicante la querida Sor Anita.

En su voz capto toda su aprensión y el afán del momento. Volvimos al silencio. Cada uno rezaba en secreto. No habían pasado dos minutos y de un espeso seto salta un animal, salta también el foso que separa el campo de la carretera y respirando fuerte viene a colocarse entre Sor Ana y yo. Miramos muertas de miedo: es un perrazo alto, de pelaje gris, con dos orejas largas y gachas y dos ojos tan vivos que relumbran en la oscuridad de la noche. El animal levanta el morro, lo dirige a cada una y camina tranquilo en medio de nosotras, como si siempre nos hubiese conocido. Al principio nos asustamos, pero luego... (oh bondad de nuestro Padre) lloramos de consuelo. El perro como cordero manso sigue caminando a nuestro lado y lamiendo nuestras manos como si quisiese decir: -No temáis. Aquí estoy. Os defiende como amigo, caminad tranquilas.

En un momento dado, entre las tinieblas nos llega el rumor de pasos marcados y pesados, y oímos una voz conocida exclamar. Son ellas, ¡finalmente!

Era Bartoccio, un buen hombre que servía en el colegio al que la directora había mandado que saliera a nuestro encuentro, temerosa de que nos hubiera sucedido alguna desgracia, al ver que no llegábamos.

Al ver el perrazo se echó atrás gritando: ¡Vaya bestia! Y alzando el garrote le gritó: Fuera. Vete de aquí.

-Por caridad no le peguéis, nos ha defendido durante todo el camino. Sin más incidentes llegamos a casa. En la portería nos esperaba la directora que lanzó un suspiro de alivio cuando nos vio llegar; y también ella se sorprendió al ver a perro misterioso.

El Gris, permítaseme llamarlo así, entró en casa con nosotras, apoyó los pies en el segundo escalón, miró hacia arriba, nos miró a nosotras y permaneció inmóvil. Yo, le dije a la directora: -Convendría que le diéramos un pedazo de pan e este bravo animal que nos ha acompañado felizmente hasta casa.

No había terminado de hablar cuando el perro vuelve grupas rápido y sale por la puerta. Nosotras dos movidas de idéntico esfuerzo corremos a detenerle, pero, por más que miramos, ni en la amplia plaza ni por las calles adyacentes, nos fue posible verlo más. Había desaparecido.

Alabanzas y agradecimiento vivísimos a Don Bosco que en semejante trance, quiso enviarnos su fiel y misterioso Gris (BS, julio 1919, 179).

* * *

En 1930, las Hijas de María Auxiliadora construían en Barranquilla, Colombia. Cada día se oían noticias de robos y violencias en la ciudad y sus alrededores; temían, por tanto, la visita de los ladrones, porque desde comienzos del mes de abril tenían amontonados al aire libre montones de materiales de construcción para la obra. Los malandrines conocían muy bien el camino, pues antes de comenzar los trabajos habían entrado en casa cuatro veces, aunque sin hacer daño, salvo el susto. La monjas, por tanto, le pidieron a Don Bosco que les enviara el Gris para protegerlas.

Pues bien, una noche he aquí que penetran por un corredor de la vieja casa una fila de perros nunca vistos por aquellos contornos. Eran seis. Se apostaron en los patios y rincones más escondidos del viejo edificio. Pasado el miedo, las monjas se les acercaron y comprobaron que eran mansos. A la mañana siguiente, a las seis, salieron uno detrás de otro por donde habían entrado y así hicieron durante un mes. Luego sólo volvieron tres. De los tres uno murió envenenado; pero le sustituyó otro en seguida. Y así continuaron la guardia hasta que ya no hizo falta.

Un caso parecido sucedió en la Navarre, Francia, entre el 1898 y el 1900. Sor Josefina Cretaz y Sor Verina Valenzano, al escribir del caso veinte años después, no recuerdan la fecha con precisión. Es costumbre en la Navarre ir hacia fines de octubre a pedir castañas en los pueblos cercanos durante tres días. Aquella vez salieron las dos hermanas arriba nombradas. De un pueblo al otro había cuatro horas de camino, casi siempre por medio de bosques con

poquísimas casas. En un determinado momento, en medio de la soledad y el silencio, les venció el miedo.

-Aquí, se decían, nos pueden asaltar sin que nadie nos defienda ni se dé cuenta.

Mientras se hacían estas melancólicas reflexiones oyeron un roce en el bosque: parecía el paso de quien camina sobre hojas. No veían nada. De pronto aparece un perro que se les acerca moviendo la cola y dando vueltas en su derredor. Les pone el morro en las espaldas como para decirles: No tengáis miedo, aquí estoy yo. Luego corrió al medio del prado y cogiendo con sus dientes un ramo de castaño lo tiraba al aire y lo recogía caminando delante de ellas, como si quisiese distraerlas.

-¿A ver si es el Gris de Don Bosco? se dijeron mutuamente.

Esperaban llevarlo a casa al volver; pero a poca distancia del pueblo habiendo hallado a unas señoras conocidas y parándose a hablar con ellas el perro desapareció y no lo volvieron a ver (M.B., XVI, 37).

* * *

¿Qué pensaba Don Bosco? Se puede deducirlo de una conversación que tuvo en 1872 con los Barones Ricci, en Madonna del Olmo (Cuneo). Habiendo recaído la conversación sobre el Gris, del que todos habían oído hablar, dijo Don Bosco: -Dejemos en paz al Gris. Ya hace mucho tiempo que no lo veo.

Dos años hacía que no lo veía, porque se le había oído decir en 1870:

-Este perro es algo verdaderamente notable en mi vida. Decir que sea un ángel haría reír; pero tampoco se puede decir que sea un perro ordinario, porque lo he visto, una vez más el otro día (M.B., X, 386).

7.-VA AL DENTISTA EN VEZ DE UN ALUMNO (1854)

En los primeros años del Oratorio, todas las veces que un joven era atacado por la fiebre, por dolor de muelas, cabeza, vientre, él se llegaba al sagrario y le pedía al Señor que librara al pobre joven de sus dolores y que le mandara aquella penitencia. Y era escuchado.

Cuando un chico se sentía mal le decía: -Anímate, yo tomaré para mí una parte de tu mal.

Decía esto riendo, pero luego se veía asaltado por un dolor de cabeza o de oídos, o un terrible dolor de muelas, y el joven, por el contrario, se sentía libre de todo dolor.

Pero después de algún año <, habiendo probado que si no estaba sano no cumplía bien sus obligaciones y que su presencia era necesaria para la buena marcha de la casa y de tantos asuntos del Oratorio, determinó no rezar más para esto.

-Yo estaba loco, decía a los jóvenes, escondiendo cuanto podía su virtud, pero ellos sabían cuanto los amaba, mientras él seguía llamando locura un acto heroico de caridad.

Un día vio a un joven atormentado por un dolor de muelas tan atroz, que parecía frenético. Don Bosco le dijo:

-Tranquilízate y ánimate: yo iré a rezar al Señor para que me pase una parte de tu mal.

El jovencito respondió que no quería ver padecer a Don Bosco de ninguna forma, pero el santo mantuvo su palabra.

Llegada la tarde, apenas terminó de comer, Don Bosco se vio asaltado de un dolor tan fuerte de muelas que tuvo que llamar a su madre y decirle que por favor no le abandonará, pues temía arrojarle desde cualquier ventana, ya que el dolor lo sacaba de sí.

No se arrepintió, sin embargo, de su sacrificio y no quiso pedir al Señor que lo librase de aquel tormento y se sujetó a las consecuencias de su ofrecimiento.

Mamá Margarita estaba angustiada y no sabía que hacer, ni que remedio aplicarle. Don Bosco pasó así buena parte de la noche. Pero habiéndose hecho el dolor insoportable, hizo llamar a Buzzetti para que le acompañara a cualquier dentista. Fueron a ver si encontraban alguno y vieron sobre un portal el rótulo de Camusso, dentista del rey. Llamaron a la puerta, salió un muchacho que les dijo que a esa hora el señor Camusso estaba acostado.

-Llamadlo, por favor, dijo Don Bosco, sufro mucho, vea si puede venir a sacarme una muela.

-Entonces pase, dijo el muchacho, mi padre sabe lo que es ese dolor y se lo calmará fácilmente.

Efectivamente, vino el señor Camusso; examinó todos los dientes, pero no vio ninguno afectado; todos estaban sanos. Era la mandíbula la que tenía enormemente hinchada.

¿Qué haremos?, dijo el dentista, sólo nos queda intentar el último remedio como se hace en una bota cuyo licor fermenta. Hagamos la prueba de arrancar un diente.

La prueba era difícil, teniendo que sacar un diente sanísimo y bien compacto con los demás; pero en el estado en que se hallaba Don Bosco aunque le hubieran arrancado todos los dientes no le hubiera importado. No temiendo sentir dolor mayor al que ya sufría, se sentó y de un golpe el diente salió fuera. El dentista lo hizo lo más delicadamente que pudo, pero Don Bosco se desmayó y hubo que aplicarle remedios para que volviera en sí.

Vuelto a casa el dolor le desapareció poco después. También el jovencito se curó.

De tan grande y generosa caridad, fue ciertamente premio señalado el don de las curaciones, que Don Bosco tuvo mientras vivió (M.B., V, 13).

8.-SÓLO TENÍA DIECISIETE AÑOS (1854)

Nos hallábamos a principios de marzo de 1854 cuando Don Bosco nos contó el siguiente sueño: <<Me encontraba en medio de vosotros cuando llegó al Oratorio un señor y me dijo: - Deseo ver a tus hijos; haz que formen. Yo miré maravillado a aquel hombre que me trataba con tanta confianza y le acompañé a ver el Oratorio.

Cuando llegamos abajo, vosotros como a una señal convenida os encontrabais todos ordenados debajo de los pórticos. Él os miró bien, le agradó vuestra actitud y mientras tanto yo vi encima de uno de vosotros un blanquísimo círculo luminoso como la luna.

-Dije, ¿qué es lo que veo?

Y aquel señor todo tranquilo me respondió: -¿No lo ves? Es una luna y la luna significa un mes...

-Pero yo veo escrito el número 23.

-Quiere decir que ese joven vivirá todavía 23 meses.

-¿Y luego?

-Luego tendrá que morir.

-¿Y tú como lo sabes?

-Escucha el aviso que te doy; vigila para que acabe bien su vida y no te afanes por saber más.

Esto me dijo aquel señor, que yo no sabía quien era, y luego todo turbado me desperté. Yo vi bien a ese jovencito y además parecía que el rayo de luna le daba en el rostro iluminándolo para que lo pudiera distinguir mejor>>.

Fue indescriptible el efecto de esta narración; todos temían tener la luna en la frente y trataban de corresponder lo mejor que podían al aviso del Señor.

Mientras tanto los meses pasaban, el recuerdo de aquel sueño se desvanece con el tiempo y casi ninguno pensaba ya en él...Si nosotros podíamos olvidarnos de la voz del Señor, Don Bosco nos hizo ver que no lo olvidaba. Un buen día, estábamos en el otoño de 1855, llamó al clérigo Juan Cagliero y le dice que vaya a otro dormitorio a asistir. Pone algunas dificultades, sea porque era menos cómodo, sea por no molestar a otros. -Asistiré lo mismo, dice, quedándome donde estoy. Allí temo estorbar. Pero Don Bosco insiste y el clérigo se rinde.

Segundo Gurgo, que se hallaba en aquel dormitorio, al ver el nuevo asistente se enfada y pone dificultades.

El clérigo no dice nada sino: -Don Bosco me manda y basta.

-Si tú te quedas aquí contra mi gusto, yo no te enseñaré música.

El que así hablaba era nuestro maestro de música de entonces, y muy digno de tener un discípulo, que luego le habría hecho honor, cual fue Monseñor Cagliero. Su valor para la música no se lo discutía nadie: durante el curso había sido llamado con frecuencia a dar conciertos en Turín y era considerado como habilísimo ejecutor de piano y órgano. Y sólo tenía diecisiete años.

Había ganado en concurso el lugar de maestro de capilla de Biella, pero no lo quiso aceptar porque su ambición era ir a Vercelli o a Novara, de mayor renombre. En Turín se había conquistado un nombre y prometía una salida espléndida. ¡Y estaba próximo a la muerte!

Don Bosco le seguía de cerca, para que no se dispase demasiado. Para que no sintiese demasiado la tentación de estar demasiado fuera de casa y hubiese alguien que lo vigilase de cerca, le había asignado en Cagliero un ángel de la guarda.

Si aquella tarde se mostró un poco displicente y si por algunos días estuvo amoscado luego se adaptó tranquilamente a las nuevas disposiciones. De cuando en cuando se volvía a mencionar el sueño y cada uno de nosotros mostraba cierta aprensión.

La salud en el Oratorio no había sido nunca tan buena; nadie pensaba que nos hallásemos tan cerca de una muerte, Sería la primera vez que la muerte penetraba en él... Casi se dudaba si Don Bosco no hubiese querido tomarnos un poco el pelo.

A principios de diciembre cayó enfermo Gurgo, un verdadero coloso de prosperidad, robusto en su persona, y con un indecible deseo de vivir y de gloria. La enfermedad sigue su curso normal, el médico lo cura con afecto y con mucha inteligencia. Ya estaba fuera de peligro y se prepara para ir a casa. Se le vio convalecer y asomarse al balcón a tomar un poco el sol en los últimos días de la novena de Navidad.

Todo parecía bien preparado para celebrar una hermosa fiesta. Había llegado para llevárselo a casa su padre y nosotros nos congratulábamos con él por la salud recuperada.

Iré a casa y en poco tiempo me reharé. A mi vuelta procuraré recuperar el tiempo perdido.

Por la mañana, mientras pensábamos que se disponía a partir, oímos gritar de improviso: - Pronto, se muere Gurgo. Corred a llamar a su padre.

Un momento después vuelve el enfermero y dice: <<Es inútil; ya ha muerto>>.

Fue como un rayo, que rápidamente corrió por dormitorios y, despertando a los jóvenes, los conmovió hasta las lágrimas y les arrancó fervorosas oraciones a favor de su compañero.

Era la vigilia de navidad y la visita fue como un poderoso despertador para diversas conciencias: -¡Cuánto nos amaba el Señor!, oí a alguno que me decía años después, al recordar aquella época tan importante. ¡Una comunión como aquella no la haré jamás!

Todos, sin dejar ninguno, se acercaron a los santos sacramentos y con mayor fervor que en ejercicios espirituales. Entonces nos decía la misa Don Bosco y en seguida unas palabras como para enfervorizarnos. Aquella mañana sólo pudo decir, porque los sollozos se lo

impedían: -Amigos míos, roguemos por él, os aseguro que ahora tiene mucha necesidad de nuestras oraciones (Francesia, Vida de Don Bosco, 203).

9.-VEO EN MEDIO DE VOSOTROS UNA MITRA (1855)

Desde que vio una paloma sobre la cabeza de Cagliero moribundo por una infección tifoidea en 1854, a Don Bosco no se le había podido quitar de la cabeza la idea de que llegaría a obispo. Parece ser que lo confió también a Don Alasonatti, tan cierto es que habiéndose encontrado un día con Cagliero le dijo: -Tú tienes que hacerte muy bueno, porque Don Bosco me ha dicho cosas muy especiales respecto a ti.

En 1855, varios jóvenes y clérigos rodeaban a Don Bosco que estaba sentado a la mesa y entre bromas conversaban sobre su futuro. Don Bosco, permaneciendo un poco silencioso, tomando un aire grave y pensativo, como algunas veces solía hacer y mirando a cada uno de los presentes, dijo:

-Uno de vosotros será obispo.

El anuncio llenó a todos de maravilla; y riendo añadió: Pero Don Bosco será siempre sólo Don Bosco.

A estas palabras todos se echaron a reír porque eran clérigos solamente y no podían ni suponer lo más mínimo a quien se refería.

Ninguno de ellos pertenecía a una clase elevada de la sociedad; todos eran de condición muy modesta por no decir pobre, y en aquellos tiempos sólo se elevaban a la dignidad episcopal personas de noble casa o al menos de un ingenio selecto. Por otra parte, la posición de Don Bosco y de su instituto era entonces tan humilde que humanamente hablando, parecía imposible que un alumno suyo hubiera podido ser elevado a la dignidad de obispo. Pero la misma improbabilidad del acontecimiento mantuvo viva la memoria de la predicción, y también el amor propio de alguno que durante mucho tiempo acarició ser él el designado.

Estaban presentes y oyeron las palabras de Don Bosco los clérigos Turchi, Reviglio, Cagliero, Francesia, Anfossi y Rua. Y estos le oyeron repetir a Don Bosco: -¿Quién diría que uno de estos va a ser obispo?

Dijo también no pocas veces: -Vamos a observar si Don Bosco se equivoca. Veo en medio de vosotros una mitra y no será la única. Pero aquí ya hay una.

Y los clérigos bromeando con Don Bosco intentaban adivinar quien sería el futuro obispo. Don Bosco sonreía y callaba. Una vez parece que Don Bosco dejó entrever algo de su secreto.

Cuenta Monseñor Cagliero: <<En los primeros años de mi sacerdocio me encontré con Don Bosco al pie de la escalera algo cansado. Con amor filial y en son de broma le dije:

-Don Bosco, deme la mano y verá que soy capaz de ayudarle a subir las escaleras.

Paternalmente me dio su mano; pero al llegar al último escalón veo que intenta besar la mía. La retiré en seguida, pero no llegué a tiempo. Entonces le dije: -Con esto usted ¿ha intentado humillarse o humillarme?

-Ni una cosa ni la otra, me respondió, pero el motivo lo sabrás a su tiempo.

En 1883 daba a Cagliero una señal más clara; en el momento de salir para Francia, hecho su testamento y dados los recuerdos a cada uno de los miembros del Consejo Superior, le entregó una cajita sellada, diciéndole:

-Esto es para ti.

Y se fue. Algún tiempo después a Don Cagliero le entró la curiosidad de saber qué había dentro de la cajita y he aquí que encontró un precioso anillo.

Finalmente, en octubre de 1884, cuando ya Don Cagliero había sido nombrado obispo de Mágido, éste le preguntó a Don Bosco que le revelase el secreto de treinta años atrás, cuando decía que uno de sus clérigos llegaría a obispo.

-Sí, le respondió. Te lo diré la víspera de tu consagración.

Y fue la tarde de aquel día cuando Don Bosco, paseando solo con Don Cagliero en su habitación le dijo: -¿Te acuerdas de aquella grave enfermedad que padeciste cuando eras joven al comienzo de tus estudios?

-Sí me acuerdo, respondió Cagliero, y me acuerdo también de que vino usted a administrarme los santos sacramentos y que no me los administró sino que me dijo que me curaría y que con mi breviario iría muy lejos a trabajar como sacerdote... y... no me dijo más.

-Pues bien, escucha, añadió Don Bosco, y le contó con todo detalle dos visiones que le atañían directamente.

Don Cagliero después de haber escuchado todo, rogó a Don Bosco que contara todo aquello a los demás salesianos del Consejo aquella misma tarde (M.B., V, 110).

10.-DON BOSCO SE DISTRAE REZANDO (1855)

Don Bosco, la tarde del último día de Ejercicios en San Ignacio sobre Lanzo, al dirigir como de ordinario las oraciones, rezaba el rosario. Estaba de rodillas al lado del presbiterio, teniendo a su derecha el altar y a su izquierda casi a un centenar de señores de Turín.

Llegado el final del De profundis, calló; después trató de proseguir con los responsorios y con el Oremus, tropieza, balbucea y no puede continuar. Parecía que hubiese predicho la memoria o bien que estuviese absorto en algún grave pensamiento.

<<Yo pensé, dejó escrito Don Turchi, que por alguna distracción hubiese olvidado momentáneamente lo que debía recitar; y por estar mi sitio detrás de los demás, no podía ver lo que hacía. Después de un minuto siguió la oración y yo me confirmé en mi persuasión. Al salir de la iglesia para retirarnos a nuestras habitaciones, pregunté a algunos si se habían dado cuenta de aquella interrupción; pero por sus respuestas deduje que la creían una cosa sin importancia>>.

Sin embargo, no pocos se extrañaron de que Don Bosco no supiese recitar una oración tan común. Sus más íntimos amigos, no obstante, imaginaron que le estaba pasando algo extraordinario en aquellos momentos. Y así había sido.

Había visto aparecer sobre el altar dos llamitas. Dentro de la luz de una estaba escrita con letras muy claras la palabra: muerte y dentro de la otra: apostasía. Las dos llamitas salían del altar como si se hubiesen separado de las velas y se dirigían hacia la nave de la iglesia. Don Bosco entonces se levantó para ver donde iban y vio que después de unos cuantos giros sobre la gente fueron a posarse una sobre la cabeza de uno y la segunda sobre la cabeza de otro que estaban arrodillados en medio de los demás. La reverberación de las llamas hacía resaltar su cara y Don Bosco pudo conocerlos sin peligro de equivocarse. Poco después las llamitas se apagaron. Esta había sido la causa de su distracción.

A la mañana siguiente, mientras todos montaban en los coches, un cierto Bertagna de Castelnuovo trató de colocarse junto a Don Bosco, para investigar el sospechado secreto. También los clérigos se mostraban muy curiosos. Preguntado Don Bosco esperó que los coches se pusieran en movimiento y luego reveló el secreto diciendo: -Ayer tarde me pasó una buena.

Y contado el hecho, concluía: -Al salir de la iglesia, ayer tarde miraba si los demás hablaban de lo que me había pasado y capté que solamente yo había visto las llamitas, por lo que guardé silencio. Ahora os lo digo a vosotros y esperaré a ver qué será de los dos sobre quienes se posaron las llamas hasta apagarse.

Aquel mismo año tuvo lugar el cumplimiento. Un rico negociante que tenía fama de buen cristiano y sobre cuya frente se había detenido la lucecita de la apostasía, se hizo protestante. El otro, que era un noble barón, murió aquel mismo año. (M.B., V, 303).

11.-PERDONEN, ME HE EQUIVOCADO DE PUERTA

Una vez Don Bosco era esperado por la marquesa Durando, que solía ayudar a sus jóvenes, y con aquella ocasión había invitado a muchas amistades. Muchas señoras habían acudido, vestidas con mucho lujo, deseosas de entretenerse con Don Bosco. Dos de ellas fueron a recibirle, mientras Don Bosco entraba en el salón; pero iban algo escotadas y con los brazos al aire. Don Bosco apenas las vio bajó los ojos y dijo. -Perdonen, pero me he equivocado de puerta: creí llamar a una casa, pero veo que he llamado a otra. Y se dirigió hacia la puerta.

-No, Don Bosco, no se ha equivocado; es aquí donde le esperamos.

-No, no puede ser, insistía él. Yo estoy convencido que en la casa a donde he sido invitado, un sacerdote puede entrar libremente. Lo siento, mis buenas señoras; se emplea tanta seda y tela, hoy para las faldas del vestido que no queda para los brazos. Y se empeñaba en marcharse.

Entonces aquellas damas cayeron en cuenta de su inmodestia, se ruborizaron y corrieron a ponerse encima chales y pañuelos que las cubrieran. Después volvieron rogando a Don Bosco, que ya bajaba las escaleras, que perdonara y volviese.

-Ahora sí, replicó sonriendo, así va bien. Y se quedó, festejado por los comensales (M.B., V, 331; y XIII, 442).

12.- NO SE LA PUEDE PEGAR A DON BOSCO (1857)

Un compañero mío de teología, narra Don Turchi, fue en 1857 de vacaciones por unos días con un señor honrado y religioso de un pueblo, que estaba no sé cuantas millas de Turín.

Cuando volvió fue a confesarse con Don Bosco y luego me dijo. Tengo que decirte una cosa muy buena. Antes de llegar a Turín me remordía la conciencia de un pecado que no quería confesar a Don Bosco, por lo que me confesé con el párroco del pueblo. Ahora, después de unos cuantos días, he ido a confesarme con Don Bosco y él, después de la confesión me ha dicho: Mira, yo sé muy bien que tú has hecho esto y esto (y me dijo aquel pecado tal como había sido). Yo, siguió mi compañero, estoy fuera de mí, estupefacto, y he aprendido a mis expensas que cuando uno hace un motivo gordo, no vale la pena ir a confesarse con otro, porque Don Bosco lo sabe de todas las maneras (M.B., VI, 460).

13.- LOS CORDONES PARA LOS ZAPATOS (1857)

Un día, escribe José Brosio, Don Bosco y yo estábamos en el patio de un edificio de vía Alfieri para visitar a un noble señor, Don Bosco iba vestido de <<fiesta>>, llevaba una sotana y un manteo muy viejo, un sombrero que había perdido todo el pelo. Yo, al mirar para abajo me di cuenta que los cordones de sus zapatos eran cuerdas teñidas con tinta.

-¿Cómo?, le dije, los demás sacerdotes cuando van a visitar personajes distinguidos, se ponen en los zapatos hebillas de plata y usted ni siquiera cordones de seda o de algodón, sino cuerda.

¡Esto es demasiado! Tanto más que teniendo una sotana corta hace una figura poco decorosa. Espere un poco que voy a comprarle unos cordones de lana. Y me puse en camino.

-Espera y ven aquí, me gritó, que aún me debe quedar un sueldo (moneda de cinco céntimos).

Y buscaba por todos sus bolsillos. Pero en el momento en que me alargaba el dinero una vieja se interpuso pidiendo limosna y se lo llevó. Entonces yo quise comprarle a toda costa los cordones por mi cuenta, pero Don Bosco me entretuvo y no hubo razones que valieran a inducirle a lo que él llamaba un derroche de dinero.

Y siguió usando sus cuerdas como cordones. Sin embargo, siempre aparecía muy limpio, pudiendo afirmar de sí mismo con San Bernardo: Siempre me gustó la limpieza, nunca la suciedad (M.B., V, 671).

14.- INFESTACIÓN DIABÓLICA (1857)

Parece ser que en 1857 tuvo que aguantar fastidios de parte del demonio, al que poco agradaba su celo. En efecto, afirma el canónigo Anfossi, nosotros notamos como generalmente Don Bosco padecía de graves sugestiones diabólicas cada vez que estaba para emprender alguna obra importante a mayor gloria de Dios.

Una mañana, habiéndole yo preguntado a Don Bosco si había descansado bien durante la noche, me respondió: -No mucho, porque fui molestado por una bruta bestia, bajo forma de oso, que se subió a mi cama y trató de sofocarme.

Esto no le sucedió una vez sola; y Don Bosco aseguraba que eran molestias infernales. Otros compañeros del Oratorio contaron en los mismos términos el hecho acabado de referir, persuadidos por otros varios indicios que en ello hubiese algo de sobrenatural.

La noche en que Don Bosco terminó de escribir las reglas de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, fruto de tantas oraciones, meditaciones y trabajo, mientras escribía como conclusión la frase: <<A mayor gloria de Dios>>, he aquí que se le aparece el enemigo del hombre. Moverse su pupitre de trabajo, volcarse el tintero, mancharse de tinta su manuscrito y éste levantarse como llevado por un torbellino de aire, caer, deshojarse, con gritos tan extraños que infundían terror, todo fue uno, para por fin quedar todo tan manchado que no era posible leer nada en él, por lo que Don Bosco tuvo que rehacer todo de nuevo. Esto se lo decía en confianza Don Bosco a varias personas, entre ellas al misionero Don Evasio Rabagliati (M.B., V, 694).

15.- ¡SOÑARON SUEÑOS! (1857)

En 1857, un día, Don Bosco mientras celebraba, rogó fervientemente al Señor que se dignase iluminar sobre un proyecto. Vuelto a la sacristía y quitados los ornamentos sagrados, el niño que le había ayudado en la misa le besó la mano y le dijo al oído: -Usted piensa hacer tal cosa, hágalo como lo piensa porque le saldrá bien.

Don Bosco maravillado: -Es verdad, pero ¿tú cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

El niño se turbó, tartamudeó alguna palabra sin sentido y Don Bosco no insistió.

Muchas veces tuvo Don Bosco parecidas sorpresas, las cuales le manifestaban que él y sus hijos formaban un corazón solo y que eran mutuas las oraciones operadoras de portentos (M.B. V, 725).

16.- LA PACIENCIA ES LA MEDIDA DE LA SANTIDAD (1857)

La paciencia que Don Bosco tenía con los suyos era grande, y en especial con los más desgraciados. En 1857 aceptó en el Oratorio un joven que los guardias de la ciudad habían encontrado abandonado en un rincón de la plaza Castello todo aterido de frío. Pasado algún día el mismo Don Bosco lo condujo a un taller de un carpintero, honrado cristiano, encomendándolo a sus cuidados. El joven se mantuvo bueno durante dos semanas, pero luego fue tal su indisciplina que el patrono se vio obligado a despedirlo. Don Bosco tuvo paciencia y lo llevó a otro taller; pero de aquí, después de una semana, también lo despidieron. Durante dos años seguidos aguantó Don Bosco el mismo juego, en tanto que el joven hizo perder la paciencia, se puede decir, a todos los amos de talleres de Turín.

Cuando lo despidió el último patrón, volvió al Oratorio y fue derecho al comedor, donde estaba Don Bosco y le dijo que su amo ya no lo quería y que le buscara otro. Don Bosco le respondió: -Ten paciencia; espera a que termine de comer y luego hablaremos. ¡Tú ya has comido?

-Sí, respondió el joven.

-Entonces espérame, añadió Don Bosco.

Pero el joven impaciente insistió y exclamó: -Yo quiero que venga usted en seguida.

Entonces Don Bosco, pese a tan grosera insistencia, le dijo tranquilamente: -Pero, ¿no ves que a estas horas ya no hay ninguno que quiera aceptarte en su taller porque eres la desesperación de todos? ¿No te das cuenta de los patrones a los que has hartado? Si continúas así no te harás capaz de ganarte un trozo de pan.

El joven salió del comedor despechado y, al rato, se marchó sin decir nada a nadie y no volvió más al Oratorio. Se las arregló lo mejor que pudo para vivir: hizo de mozo de café, de soldado y

otros oficios, andando por el mundo. Finalmente, vuelto a Turín cayó enfermo y durante uno de sus días de mejora fue al Oratorio, se presentó a Don Bosco y le pidió perdón de los disgustos que le había dado. Don Bosco, contento de verlo después de tantos años, le confortó, le dijo que le quería y que siempre había rezado por él.

Le añadió aun: -Mira, el Oratorio es siempre una casa tuya; cuando estés mejor, si quieres venir, Don Bosco es siempre amigo tuyo, que solo busca la salvación de tu alma.

Aquel joven se lo agradeció a Don Bosco llorando y dijo: -Ahora vuelvo al hospital y si Dios me hace la gracia de curarme, volveré aquí para reparar todo lo malo que hice, con mi conducta irreprochable.

Don Bosco lo bendijo y fue la última bendición que recibió de él aquel joven. Vivió todavía pocas semanas más y luego resignado y arrepentido de sus fallos, hizo una buena muerte (M.B., V, 745).

17.- MAMÁ Y HERMANA (1859)

También a Filomena de Maistre, última de las hijas del célebre escritor, predijo Don Bosco en 1859 el porvenir. Se sentía llamada por Dios a la vida religiosa y no encontrando dificultades por parte de los suyos, habló de ello a Don Bosco.

El santo le respondió: -Sí, usted se hará religiosa, pero después de esperar mucho tiempo y de pasar por situaciones ahora imprevisibles.

Y así fue. Después de morir su hermana Benedicta, dejando un hijo de tierna edad, tuvo que casarse con su cuñado, pues era necesario un corazón de madre para el pequeño Estanislao, el futuro economista católico. Habiendo quedado bien pronto huérfano de padre, muerto de cólera, la buena madrastra cuidó de él con nobilísimo sacrificio, de su educación religiosa y civil y de su fortuna. Y sólo cuando hubo cumplido esta misión se retiró entre las Hijas del sagrado Corazón, con el nombre de María Teresa. Murió en Roma en 1924 (M.B., VI, 263).

18.- USTED ME AHORRA UN PASEO (1859)

Un día del año 1859 bajó Don Bosco a mediodía al refectorio, no para comer sino con sombrero y manteo como para salir. Extrañados los hermanos dijeron.

-Don Bosco, ¿no come hoy?

-No, no puedo comer a la hora acostumbrada. Más aún, necesito que cuando salgáis del comedor haya siempre uno de vosotros, hasta las tres, con algún chico escogido entre los mejores por su piedad y fervor, rezando ante el santísimo sacramento. Esta tarde, si obtengo la gracia que nos es necesaria, os explicaré la razón de estas plegarias.

Seguimos sus deseos y se rezó hasta las tres. Don Bosco volvió al atardecer y dijo, respondiendo a nuestras importunas y curiosas preguntas: -Hoy a las tres vencía un compromiso serio con el librero Paravia de 10.000 liras, si no lo hubiese cumplido habría salido perjudicado él y el Oratorio. También urgían otras deudas con otros sacerdotes, que ya no admitían más dilaciones y alcanzaban la suma de otras 10.000 liras. He salido en busca de la Providencia y sin saber dónde iba.

Al llegar a la Consolata entré y rogué a la Virgen que me quisiera consolar y que no me abandonara en aquel apuro. Salí y fui de calle en calle desde la una a las dos, cuando al llegar junto a la iglesia de Santo Tomás se me acerca un señor muy bien vestido que me dice: -Si no me engaño usted es Don Bosco.

-Sí lo soy, para servirle, respondí.

-Pues mire, yo le iba buscando precisamente a usted y si no le hubiese encontrado hubiera tenido que ir hasta el Oratorio; así me ahorra usted una caminata; vea, mi patrón me ha encargado que le entregue este sobre.

-¿Qué contiene?

-Eso yo no lo sé. Entonces abrí y encontré títulos de la deuda pública.

-¡De quién vienen estos títulos? Pregunté.

-No puedo decirlo... y ahora mi encargo está cumplido. Que lo pase bien.

Y sin más se fue. Yo fui entonces a casa Paravia, y examinado el paquete de títulos hubo suficiente para que él recibiera sus 10.000 liras y para que yo pagara las otras deudas urgentísimas (M.B., VI, 175).

19.- UNA HISTORIA DE GUSANOS (1859)

En mayo de 1859 Don Bosco, con la bendición sacerdotal, obtenía una singular victoria que hizo reír mucho a sus alumnos, los cuales decían:

-Lastima que Don Bosco no sea general. Ha encontrado el modo de hacer desocupar un terreno infestado por el enemigo.

Así describió este hecho José Reano a Don Bonetti: Un día vino a visitar a Don Bosco una anciana jardinera, que tenía alquilado un huerto cerca del Oratorio diciéndole desconsolada:

-Mi huerto está lleno de gusanos que me comen las plantas.

-¿Y qué deseáis con esto? Dijo Don Bosco.

-Quiero que me las despache todas, me lo destruyen todo, me ponen mala; deles su bendición, hágales morir.

Y Don Bosco sonriendo: -¡Y por qué voy a hacer morir a esos pobres animalitos? Les daré la bendición y les mandaré a otras partes donde no hagan daño.

A la mañana siguiente fui con Buzzetti a un fuertecito sin cultivar, que estaba al lado de la iglesia de San Francisco, rodeado por una pared de tres metros de alta, que pertenecía al Oratorio. Allí vimos una infinidad de gusanos quietos y pegados al muro y que también cubrían ciertos maderos tirados por tierra, montones de ladrillos y piedras allí amontonadas y algunos arbolitos raquíticos. Todo estaba recubierto. Y el huerto de la vieja estaba completamente libre de gusanos (M.B., VI, 234).

20.- MULTIPLICACIÓN DE LOS PANECILLOS (1860)

El joven Francisco Dalmazzo, de 15 años, natural de Cavour, había hecho sus estudios en el colegio de Pinerolo y en 1860 había sido promovido a la clase de retórica.

<<Entonces, narró él mismo, habiendo leído algún fascículo de las Lecturas católicas, escritas por Don Bosco, pregunté quién era este sacerdote, y se me respondió por parte de diversas personas que era un santo sacerdote, que había fundado en Turín un pensionado para jovencitos. Yo, entonces, resolví dejar el colegio donde estudiaba, para agregarme a sus hijos.

Entrado en el Oratorio el 22 de octubre de 1860, oí que todos mis compañeros hablaban de él como de un santo y de alguien que hacía cosas prodigiosas. Entre otros, el clérigo Rufino me contaba que Don Bosco había resucitado un muerto, joven externo del Oratorio, para confesarlo; que había multiplicado las formas y las castañas; y como una vez que los jóvenes del Oratorio habían ido a la Virgen del Campo habían tocado solas las campanas. Esto me persuadió más aun de la santidad de Don Bosco.

Añadiré que esta idea fue creciendo en mí a medida que lo trataba y era espectador de sus virtudes, y de las cosas extraordinarias que Dios hacía por su medio. Baste el siguiente hecho.

Hacía pocos días que había entrado yo en el Oratorio; pero acostumbrado a las delicadezas de mi casa no podía acostumbrarme a la comida demasiado modesta de la mesa común y a las costumbres del instituto. Por tanto, escribí a mi madre que viniese a buscarme porque quería volverme absolutamente a casa. La mañana señalada para mi partida quería, antes de irme, confesarme con Don Bosco una vez más. Fui al coro donde él confesaba en medio de un puñado de jóvenes que lo rodeaban. La meditación se hacía en aquel tiempo antes de la misa, que solía celebrarla Don Alasonatti. Después de la misa a cada chico se le daba un panecillo para el desayuno.

Mientras esperaba mi turno para confesarme y se leían en la iglesia los puntos de meditación, he aquí que llegan dos muchacho destinados a la distribución del pan, los cuales le dijeron a Don Bosco: -No se puede dar el desayuno porque no tenemos pan en casa.

-¿Y qué queréis?, respondió Don Bosco; ¿qué voy a hacer yo? Id al señor Magra, nuestro panadero, y que os dé de lo que haga falta.

-El señor Magra no nos quiere dar más pan. Desde ayer no ha mandado nada y no quiere tampoco traer hoy, si no se le paga.

-Ya pensaremos y proveeremos, replicó Don Bosco.

Yo escuché este diálogo tenido a media voz y no sé como me vino un presentimiento de que sería cosa extraordinaria. Los dos jóvenes de la cocina se retiraron. Entre tanto, llegado mi turno, comencé mi confesión. La misa estaba ya en la elevación y uno de los jóvenes volvió a Don Bosco y le dijo: -La misa ya va mediada ¿qué damos de desayunar?

-Pero que pesados sois... dejadme confesar y luego veremos, dijo Don Bosco. Luego añadió: -Id a la despensa y juntad todo lo que encontréis y también lo que podáis hallar en los comedores.

El otros se marchó y yo seguí mi confesión porque pensaba salir para Cavour poco después.

Aún no había terminado mi confesión, cuando volvió por tercera vez el mismo individuo, diciéndole nuevamente a Don Bosco: -La misa se acaba y no hay pan. Hemos recogido todo y son muy pocos los panecillos; no bastan. E insistía con Don Bosco para que diera las órdenes oportunas.

Le hizo Don Bosco señas para que no se inquietase y añadió: Poned los panecillos en el cesto del reparto y esperad que yo vaya a distribuirlos en persona.

Así fue, terminado de confesar el niño, que estaba arrodillado, se levantó y se dirigió a la puerta por la que salían los jóvenes de la iglesia, que se abría al lado del altar de la Virgen. Aquí era donde se solían distribuir los panecillos conforme los chicos iban saliendo. El cesto del pan estaba allí, yo entonces, recordando en mi mente los hechos milagrosos oídos a cuenta de Don Bosco y vencido por la curiosidad, me adelanté y fui a colocarme en donde podía verlo todo bien a mi comodidad.

Al salir encontré en la puerta a mi madre que había llegado para llevarme con ella a casa. - Ven, Francisco, me dijo.

Yo le hice señas de que se apartase un momento y añadí: -Mamá, primero quiero ver una cosa y luego voy en seguida.

Mi madre se retiró bajo los pórticos. Yo tomé un panecillo, el primero, y miré el cesto y vi que habría unos quince panecillos, a lo más veinte. Luego me coloqué sin que me vieran justo detrás de Don Bosco, sobre un escalón, con los ojos bien abiertos.

Mientras tanto Don Bosco se había dispuesto a repartir. Los jóvenes pasaban delante de él contentos de que fuera el mismo Don Bosco quien les diera su ración y le besaban la mano, mientras a cada uno le decía algo.

Cerca de cuatrocientos alumnos recibieron su pan. Terminado el reparto miré otra vez el canasto y con admiración vi que quedaba la misma cantidad de pan que había al comenzar a repartir, sin que nadie hubiese venido a traer más pan o a reponer el que había. Me quedé estupefacto y corrí a donde estaba mi madre que me decía: -Vamos.

Y yo sin más le respondí: -No me voy, no quiero irme, me quedo aquí. Perdóname la molestia que te he causado, haciéndote venir a Turín.

Entonces le conté lo que acababa de ver con mis propios ojos, diciéndole: -No es posible que yo abandone una casa tan bendecida por Dios y a un santo como Don Bosco.

Y fue ésta la única razón que me impelió a quedarme siempre con Don Bosco (M.B., VI, 777).

21.- DON BOSCO LEÍA EN LA FRENTE (1861)

<<Desde hace diez años que estoy en el Oratorio, afirmaba Don Turchi (hombre cauto en creer, crítico severo y alumno de los primeros tiempos del Oratorio), oí mil veces decir al caro Don Bosco: -Dadme un joven al que yo no haya conocido nunca y, mirándole en la frente, yo le revelo los pecados, empezando por los de su primera infancia.

A veces añadía: -Muchas veces, mientras confieso, veo las conciencias de los jóvenes abiertas ante mí como un libro en que puedo leer. Esto sucede especialmente en ocasión de fiestas y de ejercicios espirituales. Dichosos aquellos que se aprovechan de mis avisos, especialmente en el sacramento de la penitencia. Otras veces no veo nada. Este fenómeno pasa a intervalos más o menos largos.

Pero, en general, Don Bosco atenuaba la impresión que podían hacer sus palabras, desviando la idea de un don sobrenatural y decía sonriendo: -Cuando confieso, si es de noche deseo que la luz esté colocada de modo que yo pueda ver la frente de los jóvenes; y si es de día prefiero que se me pongan delante, así les confieso más expeditamente.

Él veía, pues, la conciencia de sus jovencitos plenamente desvelada como en un espejo, y que esto sea verdad estoy más que cierto y lo he visto más de cien veces.

He aquí lo que los alumnos llamaban leer en la frente.

Yo no quiero formular ningún juicio. Me basta contar las cosas como las sé y conmigo todos los jóvenes del Oratorio>> (M.B. VI, 453).

* * *

Alguien, afirmaba Don Rua, podría suponer que Don Bosco, al manifestar cosas ocultas, se servía de revelaciones obtenidas de los mismos jóvenes o de los asistentes. Pero yo puedo decir con toda certeza que en los muchos años que viví con él, ni yo ni nadie de mis compañeros pudimos darnos cuenta de tal cosa.

Por otra parte, siendo entonces nosotros jóvenes y estando en medio de jóvenes, con toda facilidad hubiéramos podido descubrir que hacía uso de revelaciones recibidas de alguno de la casa, porque los jóvenes difícilmente saben guardar un secreto. Y era tan común entre nosotros la persuasión de que Don Bosco nos leyese los pecados en la frente, que cuando alguien cometía un fallo trataba de evitar encontrarse con él hasta después de confesarse; y esto sucedía mucho más cuando nos contaba algún sueño: Tal persuasión nacía en los alumnos de ver especialmente que, yéndose alguno a confesar con él, aunque no lo conociera de nada, él les descubría y ponía ante sus ojos culpas en que no habían pensado o que trataban de esconder.

Finalmente observaré como además del estado de las conciencias, Don Bosco anunciaba cosas en sus sueños que no se podían conocer con medios humanos, por ejemplo, la predicción de algunas muertes y otros acontecimientos futuros... Y a medida que, avanzando en edad, voy considerando estos hechos y revelaciones de Don Bosco, tanto más me convenzo que estaba dotado por el Señor del espíritu de profecía>> (M.B., VI, 823).

22.- ¿QUIÉN ERES TÚ? (1861)

El domingo 17 de febrero de 1861, Don Bosco narró algo que le había acontecido ese mismo día: -había un joven que no quería hacer su confesión general diciendo que no se atrevía. Yo lo mandé llamar, haciéndole decir al mismo tiempo que, si no quería confesarse conmigo, que viniese de todos modos, porque tenía algo que decirle para bien de su alma. Resistió aun, pero un amigo caritativo se lo llevó con buenas maneras.

Llegado a mi despacho y adelantándose a los que esperaban su turno para confesarse, me preguntó: -¿Qué desea? Soy N. N.

-Ah, eres tú. Bien, óyeme: como quiera que tú dices que no quieres confesarte conmigo, te voy a decir lo que tienes que confesarte, además yo estoy muy contento de que vayas a confesarte con otro sacerdote. Por esto comienza tu confesión desde tal época, así y así: confiesa esto y esto; este pecado y este otro, y le dijo todo.

Al oír esto el pobre joven quedó como fuera de sí: -Ah no, exclamó, yo me confieso en seguida con usted y no quiero ir a contar estas cosas a otro.

Si es así, le dije, vete por ahora, ya vendrás mañana por la tarde porque como ves ahora tengo mucho que hacer; es sábado y no tenemos tiempo. Mañana por la tarde, de las cinco a las ocho, vienes aquí y lo arreglaremos todo.

Así lo hizo; al día siguiente fue a confesarse, marchándose muy contento, daba gusto verlo. Este hecho Don Bosco se lo contó sólo a tres o cuatro y no en público (M.B., VI, 848).

23.-VEJACIONES DIABÓLICAS (1862)

Entre el 1862 y el 1864, Don Bosco fue visitado con insistencia por el diablo, que alguna vez consiguió hacerle pasar enteras noches en blanco. Consecuencia inmediata de estas visitas era una resistencia disminuida para trabajar y una debilidad que acababa por minar su organismo tan fuerte por constitución. Y éste era precisamente uno de los objetivos que se proponía el enemigo del bien, al improvisar sus nocturnas zarabandas: cansarlo en su lucha contra el pecado, contra el mal, el error y, en nuestro caso, hacerle desistir del propósito de potenciar las escuelas católicas que Don Bosco había abierto en concurrence con las valdenses en las cercanías de Puerta Nueva.

Le incendiaba la estufa, rompía la leña, retiraba de las mantas hasta destaparlo y si él trataba de acomodarlas, de nuevo tiraba de ellas con obstinación desesperante. Alguna vez Don Bosco encendía la luz y entonces las molestias cesaban de momento mientras brillaba la luz. A veces un grito agudísimo lo sobresaltaba, o la puerta de la habitación se abría de repente y dejaba ver un monstruo de figura repugnante, que se le echaba encima.

Apenas se había acostado el 12 de febrero de 1862, cuando notó que le daban un golpe tan fuerte en el cuello que le parecía le habían roto la columna vertebral. No quiso molestar a nadie y trató de dormirse de nuevo hundiendo las espaldas en el colchón. No tardó mucho y sintió sobre su estómago un peso insoportable del que trató de liberarse dando un puñetazo formidable, que no encontró a nadie.

Alarmado por la situación que se iba creando y en la esperanza de conseguir algo, decidió Don Ángel Savio, tras muchas dudas, dormir una noche en la antecámara de Don Bosco. ¡Jamás lo

hubiese hecho! Hacia media noche fue despertado por un rumor tan violento, que se escapó corriendo sin esperar se confirmase lo sospechado. Lo mismo les sucedió a otros, solo que 14 horas después no habían conseguido reponerse del susto y del espanto que les hacía temblar. Algunos días después, apenas Don Bosco se había adormecido, cuando notó que le acariciaban la cara con los pelos de una brocha o de un pincel, que entre otras cosas no tenía nada de la fragancia de las rosas, sino que apestaba terriblemente.

Por esto y por muchas cosas más que la prudencia le aconsejaba callar, decidió pedir hospitalidad al obispo de Ivrea, su buen amigo. Allí fue acogido como huésped gratisimo. Los primeros días la cosa fue bien; pero precisamente la noche en que creía que había hecho perder las huellas al espíritu del mal, fue visitado en su dormitorio por un monstruo horrible y tan fuera de lo ordinario que dejó escapar un grito tan fuerte que alarmó a todo el palacio episcopal. Habiendo ido en su socorro dijo que era el efecto incontrolado de un sueño.

Y, sin embargo, no se resignó nunca a pedir al Señor que lo librase de tales obsesiones, porque sospechaba que (se lo confirmó la tregua de Ivrea) si no lo atormentaba a él, el demonio causaba estragos entre los jóvenes del Oratorio. Esto se lo confió un día al clérigo Provera, que le aconsejaba rezase en ese sentido. Y aguantó tan detestable compañía dos años, precisamente aquellos durante los que maduró la idea de erigir allí un santuario a María Auxiliadora.

Una tarde del 1865, poco después de la derrota de aquel importuno, contaba a un grupo de jóvenes que le rodeaban las terribles noches que hacía poco habían dejado de atormentarlo.

-Yo no tengo miedo del diablo, interrumpió un joven.

-Calla, no hables así, respondió un poco resentido Don Bosco, tanto que muchos lo notaron. Tú no sabes qué poder tiene apenas el Señor le permite usarlo.

-Si lo viese le agarraría por el cuello, insistió el chico con la ingenua presunción que le daba un corro de admiradores que había suscitado su seguridad.

-Pero no digas tonterías, mi querido bravucón; sólo de verlo te morirías.

-Pero yo haría la señal de la cruz.

-Sólo valdría por un momento.

-Y usted entonces ¿cómo hacía para arrojarlo?

-Oh, yo he hallado el modo para hacerlo capitular y para que no aparezca durante una buena temporada.

-Y ¿cuál es este medio? El agua bendita.

-En ciertos momentos el agua bendita tampoco basta.

-Entonces díganos: ¿qué medio ha encontrado usted?

-¡Lo he encontrado! ¿Y qué remedio tan bueno fue para mí!

Después calló y no quiso añadir nada más. Luego terminó: -Lo que es cierto es que no deseo a nadie que se encuentre en momentos tan terribles como me he encontrado yo; y hay que pedir al Señor que no le permita nunca al enemigo gastarnos bromas semejantes.

Ciertamente Don Bosco se habría acordado en buena hora del consejo de Nuestro Señor que afirma que ciertos demonios sólo se pueden arrojar con la oración y el ayuno y se afligía el cuerpo con las mortificaciones. Tan cierto es que en aquellos días se le vio disminuir más aun la escasa comida y alargar indefinidamente la oración. De esta manera había vencido y recobrado en el reposo nocturno aquel descanso que le permitía atender durante la jornada las múltiples ocupaciones a que su inmenso celo le empeñaba (M.B., VII, 69).

24.- LAS COLES DEL SR. BERLAITA (1862)

Con acta del 9 de noviembre de 1861, rogado por el notario Turvano, Don Bosco, obligado por la necesidad había vendido a Santiago Berlaita un trozo de prado de 0,35,04 hectáreas por el precio de 4,480,20 liras. Perteneció en otro tiempo a la propiedad Filippi y limitaba con el Oratorio por el Norte.

Berlaita, siendo hortelano, había plantado, en 1862, en su nueva propiedad una gran cantidad de coles que prometían buena cosecha. Más he aquí que aparecieron orugas en número increíble, poniendo una fuerte hipoteca sobre la futura cosecha. Y todo desolado corrió a Don Bosco para que rezara las oraciones del ritual sobre ellas. Don Bosco fue y bendijo y se entretuvo un buen rato a charlar con Berlaita.

En ese mientras tanto acontece un hecho singular. Todas las orugas se ponen en movimiento. Bajan de las coles y se encaminan hacia la pequeña puerta abierta de la cerca del Oratorio. Delante de ésta había un ancho foso, por donde pasaba una buena corriente de agua, cruzado por un madero; las orugas en masa suben por él, salvan el foso y van subiéndose por la pared de la capilla de San Luis; llegan hasta la ventana sobre el altar y luego van a colocarse sobre la cornisa y las paredes de la capilla.

Las paredes parecían negras por la cantidad de orugas que las cubrían y hubo que barrerlas muchas veces. Todos en casa estaban maravillados de aquella novedad inexplicable. Pero el huerto del señor Berlaita estaba completamente liberado de orugas. Don Rua da testimonio (M.B., VII, 157).

25.- OTRO MORIRÁ EN TU LUGAR (1862)

El 15 de agosto de 1862 moría en el hospital de San Juan de Turín el joven Petiti Giovanni de Fossano a la edad de 14 años. Hablando Don Bosco de él, algún tiempo antes, había predicho que moriría antes de tres lunas un chico del Oratorio. Ahora bien, en aquellos tres meses un artesano sastre, nacido en Novara, en 1843, de nombre David Quadrelli, se había puesto muy grave. Sabiendo lo de la profecía temía mucho que fuese él quien muriera. Don Bosco fue a verle para animarlo y también para comprobar si era el caso de administrarle los sacramentos.

Quadrelli apenas lo vio, exclamó: -Pero yo no quiero morir.

Don Bosco lo miró con ojos amables y le contestó: -Tú curarás; otro morirá en lugar tuyo.

Luego lo bendijo. Quadrelli sanó del todo (M.B., VII, 237).

26.- RECEMOS UN DE PROFUNDIS (1862)

Un hecho memorable tuvo lugar una tarde en Vignale, donde Don Bosco se hospedaba en casa de la condesa Callori, junto con sus jóvenes peregrinos. Cierta número de jóvenes se hallaban con Don Bosco, entre ellos estaban José Buzzetti y el estudiante Modesto Davico.

Cuando he aquí que Don Bosco se queda un momento pensativo y dice: Pogámonos de rodillas y recemos un Avemaría y el De profundis por aquel de vosotros que va a morir esta noche.

Pensad en el estupor de aquellos chicos. Se pusieron de rodillas y rezaron las oraciones. Davico entonces levantándose exclamó. Recontra, esta sí que es buena. Don Bosco nos trae de paseo y luego nos anuncia que tenemos que morir.

Don Bosco dirigiéndose a todos les dijo. -Aquí el amigo Davico tiene miedo, ¿no? Teme ser él.

-Yo no tengo miedo; pero éstas no son noticias que le caen bien al estómago.

-Tranquilizaos porque ninguno de los aquí presentes va a morir hoy. El que va a morir se encuentra en estos momentos en el Oratorio, sano y alegre, está de recreo con los otros y no sabe que antes de que se acabe el día deberá presentarse ante el tribunal de Dios.

<<Después de cenar (escribió en 1888 Jerónimo Suttill) estábamos todos en la capilla rezando las oraciones, presentes los dueños de la casa.

Terminadas las acostumbradas oraciones, Don Bosco, que estaba arrodillado en las gradas del altar se alzó, volvióse atrás y dijo en voz alta y clara: -Roguemos por uno de los nuestros que está muy enfermo en el Oratorio.

Por la mañana se vino a saber un hecho que maravilló.

Eran las diez de la noche cuando Don Bosco nos recomendó al moribundo. Por la noche, la posta no trae correo. En Vignale no existe telégrafo. Pese a todo, a las 5 de la mañana, reunidos todos en la capilla para las oraciones, Don Bosco, antes de revestirse los ornamentos, se volvió para atrás como la noche antes y dijo. -Recemos un De profundis por el alma del chico que esta noche ha muerto en el Oratorio.

Al día siguiente, esto es, martes, llegaba carta de Don Allassonatti que anunciaba la muerte la noche indicada>>.

En el registro de los muertos del Oratorio se lee: <<Octubre 12, 1862, muere de repente Rosario Pappalardo, natural de Giarre, provincia de Catania>>. Era un niño de 10 años, gordo, blanco y rubio, bajo de estatura, que vestía un pequeño uniforme de artillero. Así lo describe José Sandrone, su amigo que, presente en la profecía de Don Bosco, confirma el maravilloso caso. Había ido a acostarse sano y alegre y fue encontrado muerto por la mañana en la cama (M.B., VII, 284).

27.-LA TARJETA DE VISITA DE DON BOSCO (1862)

En el invierno de 1862 mi madre (cuenta la señora Delfina Marengo), que entonces contaba cuarenta años, cayó gravemente enferma de tifus y pulmonía y tras dos meses de enfermedad estaba reducida al fin de vida.

Recibidos los sacramentos, incluida la extremaunción, recibió la visita de Don Bosco, por deseo e invitación del teólogo Félix Golzio, confesor de la enferma.

Apenas Don Bosco se acercó al lecho le preguntó cómo estaba, y ella, que conservaba la lucidez de mente, lo reconoció y le dio las gracias. Entonces el santo hombre nos hizo rezar a mí y a mi hermana tres Avemarías junto con él. Después se dirigió a mí y me dijo: -Anímese; su madre no morirá porque vosotras dos sois todavía muy jóvenes y tenéis mucha necesidad de ella.

Luego se volvió a la enferma y añadió: -Sin embargo, yo le he dicho al Señor que le haga pasar aquí su purgatorio; no se maraville, pues, si se ve atribulada.

Mi madre, que era una santa, con un hilo de voz respondió: -Yo quiero hacer la voluntad de Dios.

-Así va bien, respondió Don Bosco. La bendijo y se fue.

Desde aquella tarde mi madre comenzó a mejorar y a la mañana siguiente pidió al médico que le permitiera chupar un espárrago. El médico, que se había admirado de encontrarla todavía con vida le tomó el pulso y le respondió:

-No solo un espárrago sino también un pedacito de pollo.

La convalecencia fue larga y difícil, pero la curación perfecta, tanto que durante treinta años no cayó nunca más enferma.

Sus tribulaciones fueron abundantes y cada vez que se presentaba una nueva, mi madre solía decir bromeando: Otra tarjeta de visita de Don Bosco.

Cuando llegó para ella el momento de la muerte, que la arrebató a los setenta y cinco años, Don Valimberti, vicepárroco del carmen, que le asistió, sin saber nada de lo que Don Bosco había dicho tantos años antes, me consoló diciendo que, por lo que le parecía a él, mi madre había pasado su purgatorio en este mundo y que había fundamento para esperar que había ido derecha al paraíso>> (M.B., VII, 123).

28.- ¿ESTÁ USTED ENFERMA? (1865)

Don Bosco conoció en Milán a dos negociantes que conservaron óptimas relaciones con él, se llamaban José Pedraglio y José Guenzati.

Una hija de Guenzati atestigua el curioso modo como fue curada por Don Bosco Marieta Pedraglio: <<Don Bosco, en el año 1865, con ocasión de su venida a Milán, honró nuestra casa aceptando nuestra hospitalidad. Sucedió lo siguiente: Una señora milanese, una tal Marieta Pedraglio, habiendo sabido que Don Bosco estaba en nuestra casa vino a verlo. Antes que la señora hablase Don Bosco le preguntó: -¿Está usted enferma?

-Por desgracia lo estoy desde hace varios meses; he tomado muchas medicinas, he hecho muchas devociones, pero no han servido de nada.

-¿Quiere curar? Le preguntó Don Bosco.

A la respuesta afirmativa le replicó Don Bosco: -haga una novena al santísimo sacramento y rece cinco padrenuestros, avemarías y gloria y diga luego: <<Don Bosco me ha dicho que vos me curaréis y yo quiero curarme>>. Y luego coma y beba.

A la mañana siguiente mi familia quedó maravillada al ver que la dicha señora estaba libre de todas las molestias (M.B., VIII, 220).

29.- DON BOSCO VE LEJOS (1865)

Una vez un clérigo, invitado por una familia de bienhechores, fue a una villa para pasar un día de vacaciones. Don Bosco, conociendo la virtud de aquellos señores, dio permiso. El día establecido, el clérigo Tamietti, que después fue sacerdote muy distinguido por su virtud y ciencia, se presentó para despedirse de Don Bosco y marcharse. No lo encontró y habló con Don Rua que, conociendo el premiso, se lo confirmó augurándole buen viaje y dándole saludos para la caritativa familia.

Mientras tanto hacia las dos o tres de la tarde, Don Bosco llama con insistencia al clérigo ausente. Su inquietud parecía grave y no acababa de llamarlo, mandando por él ora a uno ora a otro.

-Pero ¿a dónde ha ido? Preguntaba Don Bosco.

Y Don Rua, cuando supo que Don Bosco lo buscaba, con respeto y maravilla le dice: -Pero ¿no recuerda que fue usted mismo quien le dio permiso?

-Sí, pero ahora querría que estuviese aquí...

-Usted no estaba y yo le dije que se fuera, porque ya se había entendido con usted.

-Sí, pero ahora querría verlo aquí...

Esta inquietud nos extrañaba tanto más que veíamos a Don Bosco tan inquieto, siempre tan calmo y sereno. Por ello estábamos ansiosos por saber qué había podido suceder. A la mañana siguiente llega el clérigo y todos le rodearon para decirle que fuera en seguida a ver a Don Bosco que le quería hablar.

El clérigo corrió a ver a Don Bosco y se pone de rodillas delante de él.. No tuvo que decir muchas cosas porque Don Bosco, cariñoso y sonriente le puso las manos sobre la frente diciéndole: -Bravo, bravo, siempre serás mi querido Tamietti.

-Pero me dicen que me buscaba...

-Ayer tarde; tú lo sabes; y calló en celestial actitud, volviendo sus ojos al cielo, como si diese gracias a Dios.

¿Qué había pasado? Que aquel mismo día había llegado a aquella familia tan honesta una persona extraña poco correcta. Había puesto sus ojos en el joven clérigo poniéndolo en grave peligro. Trató de entrar en su habitación, le tendió otras asechanzas y sabe Dios qué otras cosas hubiera intentado si no hubiera oído estallar un trueno... Era precisamente entonces cuando Don Bosco estaba más agitado.

Nos contaba el virtuoso clérigo que sólo un milagro lo había podido salvar del mal y que nunca en su vida se había encontrado en tan grave peligro. De esta suerte velaba Don Bosco, incluso de lejos, por su grey que el Señor le había confiado (Francesia, Vida breve y popular de Don Bosco, 225).

30.-TU PADRE ESTÁ TODAVÍA EN EL PURGATORIO (1865)

El joven Perazzo contaba a Don Berto: <<Habiendo muerto mi padre, yo estaba apenado y deseaba saber su suerte en el otro mundo. Me encomendé por eso a Don Bosco para que rezase por él; y una vez en el confesionario me dijo estas precisas palabras: -He visto a tu padre; iba vestido así y así; y me hizo una minuciosa descripción de modo que yo lo reconocí en seguida.

-Su fisonomía, dije, era esa; precisamente acostumbraba vestirse de esa manera.

-Pues bien, prosiguió Don Bosco, tu padre está todavía en el purgatorio; reza y dentro de poco irá al cielo.

Cosa singular. Don Bosco no había visto ni conocido a mi padre>> (M.B., VIII, 149).

31.- ENTONCES, ESE MÉDICO NO ENTIENDE (1865)

En el años escolar 1864-65 los cursos de cuarta y quinta de gimnasia estaban confiados al clérigo Cerruti. Pero estaba enfermo, por lo que Don Rua mandó a persuadir a Don Bosco que lo dispensase de aquellos cursos tan pesados. Don Bosco por toda respuesta mandó decir: - Cerruti continué dando sus clases.

El clérigo obedeció, pero al terminar abril cayó gravemente enfermo: esputos de sangre, tos persistente y fiebre continua.

El resto nos lo cuenta él: -<<En aquel tiempo Don Bosco pasó por Mirabello; me preguntó por mi enfermedad y me sugirió unas píldoras, que a decir verdad me causaron mucho mal. Luego

en el acto de partir me dijo: -No es todavía tu hora; tienes que trabajar antes de ganarte el paraíso.

El mal creció de tal manera que el médico consideró la situación desesperada. Recuerdo siempre, que estando yo presente dijo: -No quedan remedios que aplicar; el mal es muy grande y las fuerzas exhaustas; por tanto, reposo absoluto y silencio riguroso; solo queda dejar a la naturaleza que opere ella.

Don Rua, que en su caridad más exquisita me prodigaba toda clase de cuidados, hacía rezar cada mañana y tarde a los alumnos, como suele hacerse por los enfermos graves. Sólo que el mal no daba señal alguna de remitir y Don Rua, habiendo ido a Turín habló con Don Bosco y al volver me dijo: -¿Sabes una cosa? Que no es todavía tu hora y que has de pensar en curarte. Aún más, me preguntó qué médico te curaba.

-Es el doctor Pasini, le respondí.

-Entonces ese médico no entiende.

El mismo día que Don Rua me comunicó esta respuesta de Don Bosco, recuerdo que me dio tal ataque de tos que no pudiendo estar de pie me eché sobre la cama seguro de que me moría de un momento a otro. A pesar de todo al día siguiente volví a clase y por la tarde estaba mejor. Al día siguiente me sentí casi curado del todo y seguí dando clase hasta el final del curso. Confiando en las palabras de Don Bosco todas las semanas iba a Turín una vez para asistir a las clases de la universidad, sin resentirse mi salud. En julio de ese mismo año pude además prepararme para examinarme de historia moderna en dicha universidad, en la que estaba inscrito como estudiante de letras.

Recuerdo también que el médico no sabía darse razón de mi curación, hasta el punto que varios meses después me preguntaba no sin cierta extrañeza cómo y si era verdad que estaba curado.

-Ya, exclamaba, la naturaleza tiene muchos secretos y nosotros no los conocemos todos.

Humanamente hablando yo, por el contrario, creo que no habría podido sobrevivir sin un milagro, teniendo en cuenta el decaimiento de fuerzas predispuesto desde hacía mucho por el cansancio enorme y la vehemencia del mal que duró más de un mes>> (M.B., VIII, 146).

32.- DON BOSCO SE QUITABA LAS DEUDAS COMO PODÍA (1866)

Don Miguel Rua escribía en Milán, el 9 de abril, la siguiente declaración:

<<La señora Rosa Guenzati contó al suscrito que en 1866 Don Bosco pasó por Milán en tren. Siendo la parada de unas horas ni salió de la estación; pero había escrito a su marido que fuera a verlo allí, lo que hizo acompañado de su esposa. Hablando con Don Bosco éste les dijo que hiciesen abundante provisión de tela, porque conseguiría revenderla convenientemente.

Después que marchó el tren de Don Bosco, los dos esposos se acordaron de su predicción y efectivamente se dedicaron a buscar más tela que en años precedentes; y lo que les preanunció se verificó exactamente, de modo que al final de año, contentos por la bendición del Señor recibida por medio de Don Bosco, decían: -Si hubiéramos tenido más fe en las palabras de Don Bosco hubiéramos comprado todavía más tela y la hubiéramos vendido igual.

Agradecidos al Señor por la ganancia inesperada dieron una buena parte a los pobres como acostumbraban hacer>>. El aviso fue el principio de una vistosa fortuna.

33.- SE EVITA UN EMBARGO (1866)

Una vez estuvo el Oratorio a punto de ser embargado. Había vencido ya una fecha para el pago de los impuestos y a mediodía de aquella jornada expiraba el tiempo útil para el último plazo.

Se trataba de pagar 325 liras y Don Rua, administrador de la casa, no las tenía; por mucho que registró no halló un céntimo en toda la casa. Va corriendo a Don Bosco a decirle lo que pasa y a ver qué se podía hacer.

Don Bosco le respondió que él tampoco tenía dinero:

-Recemos a la Virgen. Y volvió a su trabajo tranquilamente.

Algunos minutos después llamaron a la puerta y el señor introducido, tras breves momentos de conversación, le dijo:

-Mire, yo no soy rico, pero lo que he podido ahorrar para sus chicos aquí está. ¿Acepta esta pequeña limosna?

-No faltaba más, le replica Don Bosco; siempre hay providencia.

Entonces el visitante le entrega un sobre donde había precisamente 325 liras, que manda con el mismo oferente al administrador Don Rua. Este mandó pagar inmediatamente los impuestos. Pero llegó tarde; ya había pasado el mediodía y el mandato de embargo ya había sido ordenado. Por fortuna el oficial del embargo se entretuvo por la calle y pudo ser alcanzado por el emisario del Oratorio y evitarse toda molestia. El que fue en aquella ocasión el instrumento de la providencia, entró en la carrera eclesiástica y llegó a sacerdote salesiano (D'Espiney, Don Bosco, 205).

34.- LA PROVIDENCIA NO QUIERE PROTESTOS (1866)

En 1866 Don Rua recibió aviso de pago de una letra que vencía al día siguiente. No se trataba de una gran suma, pero el mal estaba en que en toda la casa no había un céntimo. Como siempre acude a Don Bosco, pero éste estaba aquel día muy ocupado y no tenía nada; por lo que le contestó sencillamente: Arréglate.

Acostumbrado a tal género de respuestas, Don Rua repasó todos los lugares del Oratorio donde había cepillo para limosnas; pero no consiguió reunir la suma necesaria. Recurre nuevamente a Don Bosco para pedirle al menos treinta liras que era lo que necesitaba después de haber registrado todos los cepillos para completar la suma. Obtuvo la misma respuesta.

-Pero Don Bosco, añadió Don Rua, mañana se va usted de viaje ¿y quiere dejarme con una letra protestada?

-Don Bosco no puede nada, replicó el Santo. Yo tengo que irme. Arréglate.

Llegada la mañana siguiente, mandaba Don Rua de cuando en cuando revisar los cepillos de la iglesia por si había caído alguna limosna, pero las treinta liras no aparecían por ninguna parte. A eso de las once vuelve a ver a Don Bosco y exponerle la embarazosa situación. En esto llega el caballero Occhetto, que dice que quiere hablar un momento con Don Bosco.

-Lo siento, no puedo, tengo que ir a la estación; me voy de viaje.

-Se trata de dinero.

-Désele, por favor, a Don Rua; luego vuelva en seguida y podremos hablar por la calle.

El caballero Occhetto era un bienhechor del Oratorio y venía todos los sábados a traer su donativo. Acompañando a Don Bosco a la estación, le dijo que había venido aquel día para visitarle y pagarle unos billetes de lotería, únicamente para quitarse de encima un pensamiento que le había venido al levantarse y que, según él, le estaba molestando toda la semana, aunque había tratado de quitárselo de la cabeza varias veces.

-¿Y cuánto me ha traído?

-Poca cosa: treinta liras y unos céntimos.

Don Bosco se sonrió diciendo:

-¿Y para esto quería hacerme perder mi viaje? Luego, tomándolo afectuosamente por la mano le dijo:

-Vaya a Don Rua y que le cuente que buena ha sido su inspiración; vaya usted, si no llega a ser por esas treinta liras, a mediodía le hubieran protestado a Don Rua una letra (D'Espiney, Don Bosco, 208).

35.- ¡HABLARÁN! (1867)

Cuenta Don Francesia:

-<<Uno de los últimos días fui muy de mañana a visitar una de nuestras primeras cooperadoras de Roma. Pese a la hora tan temprana fui recibido y la encontré con sus hijas. Eran cinco.

Recordando la recomendación de Don Bosco, dirigí la palabra a la mayor, que tendría unos seis o siete años. Vi que la mamá me miraba triste y luego dijo:

-Es muda. También las demás tienen la misma desgracia.

Se me escaparon sin querer estas palabras:

-Qué doloroso debe ser para una madre.

Comprendí que había hecho mal y traté de aliviarla de aquella pena y de salvarme yo mismo. No tuve tiempo porque ella me previno diciéndome con algún titubeo:

-¿Sabe usted por qué estoy entregada de lleno a las obras de Don Bosco? Porque él me dijo una vez: -Entregue a María Auxiliadora todo cuanto tenga que gastarse en médicos y medicinas y yo le aseguro que una tras otra cuando cumplan los ocho años adquirirán el habla y no la perderán más.

Yo dejo adivinar a los lectores la portentosa expectación de la condesa Calderari. Esta nos escribió después y se conservan documentadas las memorias de que todo sucedió como Don Bosco le había anunciado>> (Francesia, Dos meses con Don Bosco en Roma, 243).

36.- CUANDO... BERTA HILABA (1882)

Estábamos en 1882 y yo contaba doce años, narra Magdalena Cantoni. Recuerdo muy bien que en casa todos trabajamos para la cría de gusanos de seda. El trabajo, extraordinario y pesado, nos parecía ligero con la esperanza de una buena ganancia; ya saboreábamos la serenidad del descanso, porque los gusanos, robustos y hermosos, salían para hacer sus capullos. Pero sin

saber cómo nos dimos cuenta, aterrados, que de gusano que salía al poco tiempo caía desmayado y moría.

Alarmada pero llena de fe, mi madre mandó a mi hermano Pablo, que tenía dos años más que yo, a Valdocco, para que expusiera a Don Bosco el grave inconveniente que amenazaba inutilizar tantas fatigas y rogarle que nos mandara una bendición.

Mi hermano corre al Oratorio y apenas puede ver a Don Bosco le dice:

-Padre, mi mamá le ruega que bendiga nuestros gusanos, porque ha llegado el tiempo de hacer el capullo y en vez de ello se caen y se mueren todos.

Ante la narración de mi hermano, Don Bosco se echó a reír y, admirando nuestra fe, puso la mano sobre la cabeza de Pablo y le dijo:

-Está tranquilo, vete a casa porque ya no se caen.

En aquel instante los gusanos dejan de caer. En casa notaron en seguida el hecho y exclamaron: -Ya los ha bendecido Don Bosco para que no se caigan más.

En efecto, poco tiempo después llegó mi hermano y nos confirmó la noticia. Como Don Bosco dijo, los gusanos no se cayeron más y tuvimos una buena cosecha de capullos de seda (Turín, 25 junio 1923. Magdalena Cantoni B.S., febrero 1924, 52).

37.- TAMBIÉN LOS PROTESTANTES RECURREN A DON BOSCO (1882)

En 1882, en Cannes, después de la conferencia, una señorita inglesa de veinte años se presentó a Don Bosco y le dijo:

-He oído que usted obra muchas curaciones. Mi padre, doctor en medicina, me ha hecho curar por los médicos más renombrados de Inglaterra y de París, pero no me sirvieron de nada.

Don Bosco le respondió que en cuanto a él no obraba curaciones de ninguna clase, y que además no entendía nada de medicina; quién curaba y hacía milagros era María Auxiliadora, madre de Jesús.

La señorita insistió que también ella querría recibir la gracia de María Auxiliadora; pero que siendo protestante temía no ser oída; y pidió a Don Bosco rogase por ella.

Don Bosco la animó:

-Aunque sea protestante tenga fe y esperanza cierta en la Madre de Dios. Con este fin le doy estas medallas. Una para usted. Haga durante nueve días una oración diaria a María Auxiliadora y se curará.

Efectivamente, pocos días después visitó a Don Bosco, en Niza, el padre de la señorita y le dio las gracias anunciándole que su hija estaba perfectamente curada y declarándose dispuesto a desembolsar la suma que se le pidiese. Don Bosco respondió que no quería nada para él y que había sido María Auxiliadora la que había curado a su hija. Si quería dar alguna cosilla para los chicos pobres de sus colegios lo aceptaría complacido y agradecido. El inglés le dio 5000 francos oro (M.B., XV, 507).

38.- CURADA DE TUBERCULOSIS (1883)

Una curación estrepitosa tuvo lugar en el Oratorio en otoño de 1882. La señora Juana Le Mire, de Misevent, pueblo del departamento del Jura, enflaquecía a ojos vistas. Los mejores médicos consultados, de París y otros lugares, no hallaban remedio que parase la consunción, de suerte que la joven señora quedó reducida a sólo veinticinco kilos.

La vestían, y luego su marido la tomaba en sus brazos y la llevaba como a una niña a donde quería. Un huevo crudo con sal, cuando lograba englutirlo, era su gran comida por todo un día.

La fe reinaba en aquella noble familia; conociendo desde hacía mucho tiempo las obras de Don Bosco se dirigieron a él. En el mes de mayo el marido le envió 3000 francos. El santo le respondió agradeciéndoselo, como él sabía, con una carta autógrafa de tres páginas y anunciándole que el 29 de junio habría aplicado por él todas las comuniones y buenas obras de sus jovencitos y que él celebraría la misa por la enferma. Esta promesa le ensanchó el corazón, tanta confianza tenía en la eficacia de su oración.

Pero mientras tanto no se notaban síntomas de mejoría y tampoco se podía creer que aquel estado pudiese durar hasta el infinito. Entonces Don Bosco, escribió al marido, con el que seguía carteándose:

-Traiga la enferma a Turín.

-Pero ¿cómo?-respondió-. No está en condiciones de partir.

-Tráigala de todos modos.

Tomó un coche cama y la transportaron en cortas etapas hasta Turín. Desde su hotel avisó a Don Bosco que había llegado y que su esposa estaba viva como él había prometido.

-Bien, para que cure es menester traerla a mi misa mañana y ella hará sus devociones.

No osaron replicar. A la mañana siguiente la llevaron a María Auxiliadora. Después de la misa, Don Bosco le dijo en la sacristía:

-Señora, hace falta un acto de fe. Usted está curada. Considérese curada y póngase a cumplir sus obligaciones.

Ella se puso en seguida a comer y lo consiguió a maravilla; algún día después estaba contentísima, fuera de sí por la alegría, tomando gusto a la vida. Toda la familia daba gracias a Dios, a María Auxiliadora y a Don Bosco. Cuando éste estuvo en Hyeres con el conde de la Flecheray, luego marqués de Aorillard, amigo de la familia, preguntó por la señora Le Mire. Le dijeron que había recaído casi en la enfermedad primera.

-No se preocupen, -respondió él. -Todo irá bien de aquí a un mes.

En efecto, la curación predicha fue coronada con el nacimiento de un niño, grandemente deseado; y a este siguió otro. Ambos eran alumnos de los jesuitas de Dijon, en 1897.

El señor Le Mire volvió a ver a Don Bosco varias veces; éste decía del primero:

-El señor Le Mire y yo somos como dos hermanos (M.B., XV, 555-556).

39.-UNA BELLA SORPRESA (1882)

En febrero de 1882, Don Bosco se hallaba en Marsella. Una señora fue a verle para que le diera aliento. Sufría la pobre inmensamente porque sus hijos, la nuera y el yerno la trataban muy mal.

Don Bosco le respondió:

-Rece a María Auxiliadora y mañana venga a comulgar a mi casa, que la aplicaré por usted.

La señora acudió puntual y al volver a casa encontró reunidos a todos sus hijos, que le manifestaron su pena por el modo indigno cómo se habían portado con ella y le prometían solemnemente cambiar en el futuro.

A estas palabras siguieron naturalmente besos, abrazos, lloros por una parte y otra (D'Espiney, Don Bosco, 244).

40.- ESTA CASA ESTÁ A TU DISPOSICIÓN (1883)

En 1883, la señora Pastré, parisina, después de haber oído a Don Bosco en la Magdalena, se abrió paso a toda costa para llegar a la sacristía y poder ofrecerle su óbolo, como veía hacer a otras señoras; luego muy alegre y contenta marchó a su casa.

No mucho después cayó enferma su hija, agravándose hasta el punto de peligrar su vida. En aquellos días de zozobra ocurría el onomástico de la madre y hete aquí que el día antes llega

una carta de Don Bosco con sus felicitaciones y la promesa de que la hija se curaría; que comenzase, por lo tanto, una novena a María Auxiliadora, en tanto que él, en Turín, unía sus oraciones a las de ellas.

¿Cómo se había enterado Don Bosco de que su hija estaba enferma? ¿Y cómo conocía él sus señas?

Extrañada por este enigma comienza la novena con fervor. Al tercer día la hija pide comer, siendo así que hacía ya muchos días que no le apetecía nada. Vuelve a pedir segunda y tercera vez; luego se levanta y camina.

Terminada la novena fue a la iglesia a dar gracias a la Virgen. Toda la familia fuera de sí de contenta, estudiaba la manera de hacer patente la gratitud común, cuando se supo que Don Bosco necesitaba una casa junto a Marsella para instalar sus novicios, y la señora, que además de varias villas en los alrededores de París poseía dos en las cercanías de Marsella, ofreció inmediatamente una a Don Bologna y a Don Albera.

Estos fueron a verla y la encontraron amplia, bien situada y amueblada. En seguida se estipuló un contrato legal de arriendo por quince años a 1500 francos anuales; pero en escritura privada la propietaria se obligaba a ceder su uso completo y gratuito durante los quince años, dejando para otra ocasión otras decisiones. Entonces motivos domésticos no le dejaban manos libres para actuar de otra manera.

Don Bosco fue a ver aquel nuevo vivero de la Congregación. Acogido con grandes muestras de alegría apenas puso pie en la casa preguntó:

-¿Hay pinos?

-Ya lo creo que hay.

-Pero ¿hay muchos?

-Muchísimos. Toda la colina está cubierta de pinos.

-¿También hay paseos?

-Sí, y muy hermosos.

-Pero ¿hay uno sólo o varios?

-Hay varios.

-¿Hay también un canal de agua que pasa por detrás de la casa?

-Sí, hay un canal magnífico.

-Pero ¿atraviesa toda la propiedad?

-Por completo.

-Está bien. Es exactamente aquella. No tengo necesidad de verla. Más aún, ahora comprendo por qué en el sueño no se me dijo: He aquí una casa que te ha sido regalada o comprada; sino: Esta casa está a tu disposición (M.B., XVII, 49).

41.- CRECERÁS, PERO EN OTRA PARTE (1883)

A pesar de los achaques propios de su edad, Don Bosco se puso en viaje por Francia llegando a Lila en la frontera belga el 5 de mayo. Se alojó en casa del barón de Montigny, que promovía la apertura de una casa salesiana en aquel gran centro industrial.

Vivía frente al orfelinato San Gabriel el señor Cordonnier, rico negociante de vinos. Desde hacía algún tiempo pensaba llevar al altar a una joven, pero no quería decir nada a nadie sin consultar antes con Don Bosco.

Cuando estuvo en su presencia y antes de que abriese la boca oyó que el santo le decía:

-El partido que usted medita va muy bien; actúelo sin temor; hará la felicidad suya y la de la joven en que piensa.

En el convento del Sagrado Corazón le presentaron una niña que, por ser muy baja de estatura temía no poder ser aceptada en el convento. Dijo por tanto a Don Bosco en un momento que éste pasaba delante de ella:

-Padre ¿querría rezar para que crezca?

-Hija -le respondió el santo-, crecerás, pero en otra parte.

Poco tiempo después moría la joven e iba allí donde todos alcanzan su estatura perfecta.

Y para terminar, el caso de los señores Montigny. Habiéndose casado en edad avanzada, habían tenido dos hijas, pero su alegría había durado muy poco por haber muerto ambas al empezar la juventud. Estos lutos pesaban sobre la casa, antes alegre y sonora, como una tristeza sin medida.

Bien, Don Bosco, tras haber disfrutado de su hospitalidad, en Lila, al despedirse les dijo:

-Aquí conviene preparar una cuna.

No había pasado un año cuando tuvieron un niño, por todos llamado el hijo del milagro, que fue bautizado por el arzobispo de Cambrai, que le puso el nombre de Alfredo (M.B., XVI, cap.8).

42.-ROGARÉ POR SU MADRE (1883)

Una señora de Lyon recibió la visita de Don Bosco. Tenía en casa de criada una muchacha de dieciocho años, sacada de un orfelinato.

Estando para despedirse, la señora le rogó que bendijese a su criada que estaba junto a la puerta, diciéndole:

-La pobre es huérfana, lo necesita.

Don Bosco, tras haberla mirado un poco, la bendijo, añadiendo:

-Rogaré por tu pobre madre.

-Su madre. Entonces ¿no eres huérfana como dices? –exclamó la señora.

La muchacha confesó que su madre vivía, pero que era un secreto porque la desgraciada había abandonado a sus hijos, para darse a la mala vida (D'Espiney, Don Bosco, 246).

43.- PROTECTOR DE LOS HOJALATEROS (1883)

En Marsella, Don Bosco, junto con los alumnos del Patronato había ido a visitar a la familia Olive en su finca. Aprovechando la ocasión quisieron servir ellos mismos la mesa a Don Bosco y a los salesianos; y sus hijos a los alumnos.

Mientras los chicos se divertían jugando por los jardines se vio a una criada corriendo a todo correr en busca de la señora Olive. Cuando la encontró exclamó:

-Señora, la olla en la que se cuece la menestra para los jóvenes pierde una barbaridad y no logro restañarla. Tendrán que quedarse sin menestra.

La dueña, que tenía mucha fe en Don Bosco, tuvo una idea. Mandó llamar a todos los jóvenes y:

-Oídmeme – les dijo-, si queréis comer menestra arrodillaos ahora mismo y rezad un Padrenuestro, Avemaría y Gloria a Don Bosco (sic) para que haga que se restañe la olla.

Ellos obedecieron y la olla dejó al instante de perder.

Cuando oyó el hecho, Don Bosco rió a gusto replicando:

-De ahora en adelante llamaremos a Don Bosco patrono de los hojalateros (M.B., XVII, 56).

44.- JEAN COURTOIS (1883)

Un día Don Bosco fue a decir misa en no sabemos qué iglesia de Lyon y tuvo un encuentro que le recordó una escena sucedida en Cannes algún año antes. Al entrar en la sacristía vio venir hacia él un joven vestido de clérigo, muy contento y con aire de conocerlo.

-¿Quién eres?-le preguntó.

-Soy vuestro pequeño Juan.

-Pero ¿qué Juan?

-Vuestro Juan, Juan Courtois. ¿Ya no se acuerda de cuando me llevaron enfermo a la estación de Cannes?

-Ah sí, ahora recuerdo.

En seguida aparecieron también sus padres, que querían saludarle, llorando de consuelo.

Un año, estando él en Niza, los padres de este niño le habían escrito muchas veces que fuese a Cannes para visitarlo, porque hacía mucho que estaba en cama sin poder dar un paso. Don Bosco respondió entonces que no podía detenerse en Cannes. No se dieron por vencidos. Habiéndose informado del día y de la hora que tenía que pasar en tren, llamaron a cuatro hombres para que llevaran al niño en su camita a la estación. Aquí tuvieron que pelearse con el jefe de la estación que no quería dejarles pasar. Al fin lo convencieron y la camita del enfermo quedó a un metro de donde el tren paraba.

Apenas llegó a Cannes corrieron por todo el tren preguntando:

-¿Viene Don Bosco? ¿Dónde está Don Bosco?

Este, que no sabía ni sospechaba nada, al oír que le llamaban se asomó a la ventanilla diciendo:

-Estoy aquí.

-Querido padre, es preciso que baje un momentito.

-Pero yo tengo el billete para Marsella y no puedo bajar-

-Sólo un momentito. ¿Se acuerda de mi hijo de quién tanto le he hablado por carta? Venga a bendecirlo.

Lo bajaron del tren y lo condujeron hasta el enfermo.

Al llegar le preguntó:

-¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

-Soy Juan. Bendígame, padre –respondió con voz floja.

Don Bosco hizo la señal de la cruz, rezó con él una oración y le bendijo. El tren estaba a punto de reemprender la marcha.

-Dadme un consejo –pidió el chico.

Y Don Bosco le responde:

-Pero ¿qué haces aquí? Qué vergüenza hacerte llevar así. Levántate.

Profirió estas palabras apresurándose a subir al tren que lanzaba los primeros resoplidos. Antes de sentarse vio al chico dar varios pasos hacia él, pero no pudo ver más. Lo volvía a ver ahora en una sacristía de Lyon (M.B., XVI, 72).

45.-NO SOY YO LA OMNIPOTENCIA DE DIOS (1883)

En París, en el mes de mayo (1883), una señora, abriéndose paso entre la gente con toda la energía que le infundía el dolor de su corazón maternal, llegó ante Don Bosco y en el colmo de la desolación le contó cómo su hijo, empleado contable en un ministerio, había sido arrestado por sospechoso y encarcelado; que en junio próximo tenía que verse su causa por lo que ella se lo encomendaba de todo corazón.

-Pero yo, señora, ¿qué puedo hacer por su hijo?

-Usted puede liberar a mi hijo con solo que lo quiera.

-Pero yo no soy la omnipotencia de Dios.

-Sí, sí, usted puede todo lo que quiere. Le ruego, le conjuro...

-Si estuviésemos en Italia, tendría personas conocidas a quién encomendar la cosa, pero aquí no conozco a nadie.

-Por favor, tenga piedad de una pobre madre.

-Bien, diríjase al Señor y todos los días diga estas oraciones.

-Sí, sí, lo haré.

-Y yo rezaré por ustedes.

-Ay, sí, obténganos la gracia de que ese hijo salga libre y absuelto.

-pero una oración no basta: hay que hacer algo más.

-Diga, diga.

-Una buena confesión y una buena comunión.

-Hace treinta años que no me confieso, pero le prometo hacer eso y todo cuanto usted mande.

-Una cosa todavía: en adelante sea usted practicante.

-lo seré; lo prometo.

-Si es así, tenga ánimo y confíe en el Señor.

Así hablando el santo tomó algunas medallas y dándole una le dijo:

-Esta es para usted. Y ésta para su hijo.

Y luego le dio otra sin decir nada. Este silencio llamó la atención de la señora: un pensamiento misterioso le dio la impresión de que a Don Bosco no se le ocultaba nada.

Le pareció que él sabía el número de personas que componían su familia y que por eso le daba tres medallas. En casa eran tres: el hijo, ella y su marido; pero éste último desde hacía muchísimos años tampoco practicaba la religión. Con estos pensamientos volvió a casa; la esperanza le ensanchaba el corazón.

Apenas hubo llegado describió a su marido la visita, le habló de las oraciones y de la confesión y le dio la medalla, diciendo:

-Esta es para ti. No me lo ha dicho, pero es para ti. Don Bosco es un santo; ha sabido que tenías necesidad.

Y tanto dijo que el marido exclamó:

-Está bien; iré yo también a cumplir mi deber. También yo me confesaré y comulgaré.

Efectivamente fue. La señora no cabía en sí de alegría por su encuentro con Don Bosco, cuya santidad no acababa de ensalzar. Dios la bendijo.

En el día fijado para terminar las oraciones, el hijo compareció ante el tribunal y mientras algunos compañeros fueron condenados, él fue absuelto y puesto en libertad. Los tres no contentos con dar gracias a Dios en París fueron a Turín como para cumplir un voto y dar gracias a Dios en el Santuario de María Auxiliadora (M.B., XVI, 147).

46.-HÁGASE HERMANA DE LA CARIDAD (1883)

Una joven de dieciocho años quería hacerse religiosa, pero dudaba en qué congregación entrar. Pensando que Don Bosco podría aconsejarla, tanto se empeñó que obtuvo una audiencia con Don Bosco por medio de su confesor el padre Bailly.

La audiencia tuvo lugar el 25 de abril, en la que le expuso sus dudas. Dicho padre aconsejaba las Hermanitas; pero a ella no le gustaban. Estaban las hijas de la Caridad, pero sentía hacia

ellas una sensación de repulsión, porque se las habían pintado como disciplinadas a la militar, sin vida de familia, con superiores poco accesibles.

Don Bosco, habiéndola oído, pensó un momentito y luego sin la mínima vacilación le dijo:

-Hágase Hermana de la Caridad.

Siguió el consejo y entró a formar parte algún tiempo después con el nombre de Sor Isabel.

Animada por tan buena acogida, quiso el 20 de mayo hacer un nuevo intento. Tenía una amiga y coetánea sordomuda desde nacimiento. ¿No la podría curar Don Bosco?

Con varias compañeras y la enferma se presentó en las Asuncionistas, donde recibía Don Bosco, y todas juntas lograron presentarse al santo, suplicándole que la curase y le devolviese el oído y la palabra.

Don Bosco las escuchó benévolamente, reflexionó un poco y luego les sugirió la novena a María Auxiliadora. Cuando la novena tocaba a su fin, la sordomuda empezó a repetir los sonidos que se producían en su derredor; luego oía. Y no tardó mucho en comenzar también a hablar.

47.-¿NO FALTA AQUÍ UNA MONJA? (1883)

El 29 de abril (1883) Don Bosco, que se encontraba en Francia, celebró misa en la iglesia de Santo Tomás de Villanueva. Esta iglesia se hallaba a breve distancia de una comunidad de monjas que tomaban su nombre del santo español. Don Bosco fue a visitarlas antes de partir. Al ver a la maestra de novicias, la dijo:

-No pida ser sustituida.

Aquella religiosa estaba pensando precisamente en pedir la exoneraran de aquel cargo, pero no había dicho nada a nadie todavía.

Cuando Don Bosco se halló ante todas las monjas reunidas preguntó de improviso:

-¿No falta aquí una monja?

Efectivamente, faltaba una que estaba atendiendo a unos forasteros y precisamente a ella tenía el santo algo que decirle. Cuando la vio le dijo:

-Usted tiene graves penas internas; pero no se desanime.

Nadie había sospechado nunca las espinas que escondía en el secreto de su corazón (M.B., XVI, 186).

48.-UNA MIRADA DE DON BOSCO LA HIZO MONJA (1883)

En las Damas del Refugio de París había una alumna de catorce años. Su madre quería retirarla, pero ella no se hacía a la idea de tener que marcharse. Pensando en la visita que les iba a hacer Don Bosco, al cabo de ocho días, pidió y obtuvo de su madre que la dejara por lo menos ese tiempo. Entre tanto se encomendaba al Señor para que le diera una señal de cuál era su voluntad.

Llegó Don Bosco; la jovencita recibió de sus manos la comunión y notó que al acercarle la hostia a los labios Don Bosco le dirigió una sonrisa.

<<Será una sonrisa que da a todas>>, pensó la chica en sus adentros.

Al terminar, formaron las alumnas de dos en dos en una sala para que vieran bien a Don Bosco que pasaría por en medio de ellas.

Al llegar ante ella Don Bosco se para un momentito y de nuevo, a ella sola, le sonríe.

Las compañeras, celosas, querían saber por qué le había sonreído. La chica decía que no sabía; y, sin embargo, en aquella mirada ella vio la señal que había pedido, esto es, que no debía dejar aquel sitio.

Y, efectivamente, no se alejó nunca, porque se hizo religiosa (M.B., XVI, 198).

49.-NO ES TAN GRAVE COMO DICEN (1883)

La tarde del 28 de abril, estando en París llevó un gran consuelo a una noble familia.

Madame Du Plessis tenía una sobrinita de unos veintiséis meses muy enferma; tanto que los médicos la daban por desahuciada. La abuela, por medio de madame De Combaud, había conseguido de Don Bosco una visita para la enfermita.

Fue ella misma con su carroza a buscarle a él y a su secretario. En casa encontró a los padres de la pequeña llorando. Hacía poco habían perdido un hijo.

El santo, acompañado hasta el lecho de la enferma hizo una breve oración y luego invitó a los presentes a que también rezaran.

Mientras lo hacían, él se paró de pronto, y vuelto al señor de Du Plessis, dijo:

-No basta que recen los demás, también el padre tiene que hacerlo.

Finalmente, puso una medalla en el cuello de la niña diciendo:

-No es tan grave como dicen.

Una vez se hubo marchado, la niña se recobró y examinada se la declaró fuera de peligro.

Llegó a ser la condesa Carla Du Reau de la Gaignonniere que heredó de su familia una gran veneración por el siervo de Dios (M.B., XVI, 242).

50.- CURACIÓN DE UN SACERDOTE ANCIANO (1884)

Un día, Don Bosco fue rogado que visitara a un sacerdote viejo y gravemente enfermo, más aún, desahuciado.

Fue al instante, pero se le encontró privado de los sentidos. Le preguntó cómo se encontraba pero no obtuvo respuesta.

Entonces el santo le gritó fuerte al oído:

-¿Me oye?

El enfermo balbuceó algunas palabras sin sentido.

-¿Conoce usted a Don Bosco? –insistió éste.

-¿Don Bosco? Sí lo conozco. ¿Y qué?

-Don Bosco soy yo. ¿No tiene nada que decirme?

-¿Cómo? Usted...

Y de pronto se sienta sobre el lecho y dice que quiere levantarse. Su hermano piensa que ha perdido la cabeza; pero el enfermo insiste:

-Te digo que me quiero levantar. Manda recado al párroco para que no se moleste en venir; yo no soy enfermo de Oleo sagrado.

Efectivamente se levantó, hablaba muy bien y al día siguiente fue a oír la misa de Don Bosco. (M.B., XVII, 40).

51.-CURADO A DESPECHO DE LA MADRE (1884)

El 10 de marzo de 1884, fue introducido en el despacho de Don Bosco un joven de unos dieciséis años con los ojos vendados.

-Desde hace mucho tiempo –informó la madre-, este hijo mío sufre de tal manera en sus ojos, que está siempre quejándose y se pasa las noches enteras gritando.

Don Bosco lo bendijo, le dio a besar la imagen de María Auxiliadora y luego preguntó:

-¿Qué dolor sientes?

-Ninguno –respondió el joven.

-¿Cómo, ninguno? –intervino la madre.

-¿Te duelen todavía los ojos? –Preguntó el santo.

-No, no me hacen daño.

-Sí que te hacen daño –replicó la madre-. No aguanta la luz y está siempre gritando.

-¿Ves algo? –le dijo arrancándole el pañuelo que le cubría los ojos.

-Sí, veo muy bien –dijo el joven mirando por la ventana y huyendo de su madre.

-¿Puedes mirar la luz?

-Sí, puedo.

La madre no sabía qué hacer. Temía parecer mentirosa; de modo que a cada respuesta de su hijo se enfurecía más hasta el punto de tratar de abofetearlo.

Don Bosco tuvo que decir a la madre:

-Pero, vamos a ver ¿quiere que su hijo se cure o no?

El hijo por el contrario saltaba, reía, miraba aquí y allí no sabiendo porqué tenían que creer más a su madre que a él.

En realidad estaba perfectamente curado (M.B., XVII, 44).

52.-LO QUE QUIERE DECIR HOSPEDAR A LOS SANTOS (1884)

El 30 de marzo de 1884 se hallaba Don Bosco en la Navarre, cosa que aprovechó para hacer una visita a los señores del castillo llamado Castilla.

En las conversaciones siempre salía a relucir la sequía que agostaba los campos.

-Dígale usted una palabra al Señor –le decían a Don Bosco- y el Señor nos mandará la lluvia.

-Sí, sí –respondía él-, pido por la lluvia y mañana diré la misa con esta intención.

-¿Cree, pues, que lloverá?

-Sí, lo creo. El Señor ha prometido que donde dos o tres se reúnan en su nombre para pedir algo al Padre en su nombre, Él se hallará en medio de los mismos. Nosotros estamos reunidos aquí para pedir una cosa al Señor; por tanto, Jesucristo está en medio de nosotros.

-Pero nosotros somos malos y el Señor no nos escucha.

-Nosotros somos malos y no merecemos que el Señor nos oiga; pero en medio de nosotros está Jesús que hace nuestras veces.

-Entonces, ¿usted nos asegura que lloverá de verdad? Hace casi un año que no lo hace.

-Sí, sí, lloverá. Desde hace días el obispo ha mandado decir en todas las misas la oración de la lluvia. El Señor no es sordo a tantas oraciones. Tratemos sólo de no impedir a Cristo que esté en medio de nosotros.

Entre estas y otras conversaciones, tras una oración por la lluvia y la bendición a todos, partió para otro castillo llamado la Bastide, a media hora de coche. Allí los viajeros debían pasar la noche con la familia Obert.

Durante la cena la conversación volvió a recaer sobre la lluvia, tan necesaria, y de nuevo Don Bosco prometió que llovería. La señora replicó:

-Daría cualquier cosa para que lloviese.

Con esto se fueron a dormir.

Estaban en el primer sueño, cuando un fuerte ruido despertó a Don Barberis y a otros; la lluvia caía a cántaros; llovió toda la noche y también toda la mañana. La señora entregó a Don Bosco 500 francos, prometiendo otros si la cosecha salía bien. Un sacerdote de Lyon, que estaba allí de paso, exclamó:

-He aquí lo que quiere decir hospedar a los santos (M.B., XVII, 61).

53.-UN CAMBIO SIN COMPENSACIÓN (1885)

Don Bosco hizo su acostumbrado viaje a Francia también en 1885 y hallándose en Marsella había prometido celebrar en una iglesia de la ciudad y dar allí después la conferencia a los cooperadores. En el día fijado sucedió que, llegada la hora de la misa, Don Bosco aún no había

salido de su habitación; su secretario, preocupado por la tardanza entró a decirle que la hora establecida había pasado y la iglesia estaba llena de gente.

Tengo un dolor de cabeza muy fuerte –dijo Don Bosco-, y no me tengo en pie. ¿Quieres tomártelo tú? A lo mejor entonces ¡quién sabe!

-Si eso basta, con mucho gusto. Descargue sobre mí lo que quiera, con tal que se levante –dijo el secretario riendo, y salió.

Apenas llegó a su habitación el pobre secretario tuvo que apoyarse en la pared para no caerse; le parecía tener la cabeza cogida por tenazas; tanto le dolía que a duras penas logró llegar a su lecho donde se tendió cayendo sin sentido.

Don Bosco, liberado de su dolor, fue donde se le esperaba y pasó toda la mañana con los cooperadores. Vuelto a casa, buscó a su secretario y le dijeron que estaba en un estado lastimoso por culpa de un dolor de cabeza. Recordó entonces el pacto hecho, fue a buscarlo y le dio su bendición. Luego le ordenó:

-Ahora levántate.

El dolor desapareció inmediatamente y el secretario pudo desempeñar sus ocupaciones (D'Espiney, Don Bosco, 261).

54.-A DON BOSCO LOS DINEROS LE LLUEVEN DEL CIELO (1885)

En Roma el 2 de abril de 1885 la providencia intervino para Don Bosco de un modo que tenía algo de prodigioso. Don Dalmazzo había escrito a Turín que le mandaran dinero, porque al sábado siguiente tenía que desembolsar 12.000 liras. La Banca Tiberina, que le había prestado 80.000 liras sin hipoteca, rehusaba añadir ninguna cantidad más.

Pues bien, a mediodía del Jueves Santo Don Dalmazzo fue llamado a la portería por una señora muy conocida por él, a la que siempre había recurrido en vano, la condesa Stacpoole. Mandó recado que le esperara un momento mientras acababa de comer. Pero ella replicó que fuera inmediatamente, porque tenía algo que darle urgentemente. Cuando estuvo con ella, ésta le dijo que tenía una cantidad de dinero que le importaba mucho entregarla el mismo día de la institución de la Eucaristía.

Don Dalmazzo se esperaba a lo más un billete de cien; por el contrario con gran maravilla por su parte se encontró con cincuenta láminas de mil de la Banca Nacional. Se olvidó de la comida y corrió a la Banca Tiberina donde trató de conseguir dinero dentro de la semana. Pero el tesorero se excusó diciendo que se había teleografiado de oficio al director y que la respuesta había sido negativa, por lo que le era imposible actuar de otra manera.

-¿Y si hiciese un depósito –replicó Don Dalmazzo-, podría venir a retirar una parte?

-Y también todo –respondió el empleado.

Y le entregó las 50.000 liras.

<<No puedo explicar, depone en los procesos, la sorpresa probada por el tesorero en aquel instante. Sólo recuerdo que exclamó:

-A Don Bosco los dineros le llueven del cielo>>

(M.B., XVII, 429).

55.- CURADA Y EMPLEADA (1885)

A mediodía del 12 de abril de 1885 ocurrió a Don Bosco un bonito caso. Se encontraba en Marsella y durante la semana le había visitado una joven que, aunque por su modo de vestir parecía acomodada, no sabía, sin embargo, cómo ganarse el pan, a causa de una enfermedad por la que todos la rechazaban. Don Bosco la bendijo y la mandó con Dios.

Invitado a comer por la familia Martín, Don Bosco quedó sorprendido al ver a aquella joven que, agradecida, se le echó a los pies.

¿Qué había pasado? Después de la bendición se había sentido bien y a los pocos pasos la había parado un señor para preguntarle si quería entrar en su casa como doméstica. Aquel señor era precisamente el señor Martín.

En la misma familia volvió a ver como empleaba a una señorita que el año anterior había sido curada por él, con su bendición (M.B., XVII, 438).

56.-PASE HACIA LAS DIEZ POR EL COLEGIO (1885)

La fiesta de San Luis de 1885 Don Bosco la celebró en Borgo San Martino. Allí, una pobre madre fue a verle, llevando en brazos un niño paralítico de dos años, que sólo daba chillidos sin lograr articular palabra.

Celebrada la misa en la capilla de las monjas, el santo salió al atrio para saludar a la gente que le esperaba con impaciencia. La madre se presentó a él.

-He aquí mi hijo –le dijo con visible congoja-, que no sabe hablar, sólo chillar... Bendígamelo para que se cure.

Don Bosco sonrió y le preguntó:

-¿Cómo se llama?

-Juanito –respondió prontamente la madre.

-Como yo bromeó -Don Bosco.

Sacó una medalla del bolsillo y se la ofreció al niño que seguía llorando fuerte.

El niño tomó la medalla, pero en seguida la dejó caer por tierra.

-Pase hacia las diez por el colegio –recomendó el santo a la madre, que visiblemente demostraba no haber perdido la esperanza.

A la hora fijada estaba puntual. Cuando el santo se vio de nuevo ante el pequeño lo miró amorosamente, le bendijo y de nuevo le ofreció la medalla de María Auxiliadora. El pequeño la recibió, como si se tratase de un dulce, la apretó en su manecita y la retuvo.

-Bésala –le dijo Don Bosco-. Y él la besó.

-Ahora llama a tu mamá.

-Mamá –dijo claramente Juanito.

-Muy bien. Ahora a tu papá.

-Papá –dijo el niño.

Hizo que lo pusieran en el suelo.

-Camina –ordenó Don Bosco al pequeño paralítico.

Juanito, obediente, se puso a caminar solo. Los presentes miraban estupefactos. La madre, fuera de sí de alegría, dio gracias tiernamente al santo, que la devolvía al hijo curado, y queriendo hacer su donativo, le dijo llorando al santo;

-Don Bosco, no tengo más. Quisiera darle mucho pero soy tan pobre. Y le dio cinco liras para una misa.

-Habéis hecho mucho, muchísimo, dando lo que podéis dar (Gassano G., Las lecciones de un santo, 209).

57.- UN GRITO EN LA NOCHE (1885)

El verano de 1885 estaba Don Bosco en Marsella para la cuestación anual. Una noche Don Cerruti estaba a punto de acostarse cuando oyó un grito. Al principio creyó que procediese de

un sacerdote forastero enfermizo, huésped de la casa. Lo volvió a oír a manera de bramido; poco después más fuerte aún. No dudó, salían del cuarto de Don Bosco, que estaba separado del suyo por un delgado tabique con puerta de comunicación.

Don Cerruti se pone la sotana, llama, pasa y se encuentra a Don Bosco sentado en la cama y despierto. Le preguntó inquieto si estaba mal.

-No, no –respondió tranquilo-. Vete a dormir.

Por la mañana, apenas levantado fue a verle. Estaba sentado en un sofá visiblemente postrado.

-Don Bosco, era usted el que gritaba esta noche, ¿verdad? – preguntó Don Cerruti.

-Sí, era yo.

-Y ¿qué pasaba?

Visto que vacilaba en responderle, Don Cerruti insistió rogándole por favor que se lo contase.

-He visto –dijo muy serio-, entrar el demonio en esta casa. Estaba en un dormitorio y pasaba por entre las camas diciendo de cuando en cuando: Este es mío. Yo protestaba. De pronto se arrojó sobre uno para llevárselo. Yo me puse a gritar y él entonces se echó sobre mí para estrangularme.

Dicho esto, Don Bosco, conmovido, continuó:

-Caro Don Cerruti, ayúdame. He venido a Francia para buscar dinero para nuestros jóvenes y para la iglesia del Sagrado Corazón, pero ahora aquí hay una necesidad mucho mayor. Hay que salvar a estos pobres jóvenes. Lo dejaré todo y pensaré sólo en ellos. Hagamos un buen ejercicio de la buena muerte.

Aquella tarde el director anunció el ejercicio de la buena muerte, añadiendo que el confesor sería Don Bosco.

Confesó en su cuarto, sentado en el sofá, porque la debilidad de sus fuerzas no le permitía estar sentado en una silla.

Todo fue tan bien que Don Bosco dijo luego bromeando:

-Mira, el demonio me hizo perder una noche, pero se ha llevado un buen bastonazo.

También Don Albera, informado del sueño por Don Cerruti confirmó:

-Don Bosco por desgracia tiene razón. Hay varios jóvenes que me hacen llorar por su mala conducta.

Más tarde Don Cerruti quiso saber del santo si hubiese visto en otras casas salesianas entrar al diablo, y dijo que sí, e incluso nombró alguna.

-Pero los jóvenes que el demonio quiere llevarse ¿son de los que no se confiesan?

-No –respondió-. Son especialmente los que se confiesan mal. Acuérdate bien; cuando prediques a la juventud, sobre todo insiste mucho sobre la necesidad de hacer buenas confesiones y en especial de la necesidad de la constrictión.

La causa principal de los inconvenientes lamentados en el oratorio de San León de Marsella puede deducirse de una observación que hizo el 16 de septiembre sucesivo ante el Consejo Superior.

Tratándose de la admisión de algunos franceses a los votos habló así:

-Es necesario que en Francia demos facilidades para entrar en la Congregación a nuestros jóvenes, dándoles la sotana incluso en la tercera gimnasial, cuando son buenos. Tenemos necesidad de sustituir y despachar toda esa basura y escoria que hemos tenido que emplear por fuerza en las escuelas. Estos jovencitos harán mucho bien (M.B., XVII, 448).

58.- ¿CÓMO LEVANTARME?... ¿ASÍ? (1885)

En el mes de febrero de 1885 Rosina Ferrerati, turinesa, había pedido un triduo de oraciones para la curación de su hijo que se hallaba en gravísimo estado sin dar apenas esperanzas; se le habían administrado ya los últimos sacramentos. Cuando se esperaba el desenlace fatal llegó al enfermo una imagen de María Auxiliadora con estas líneas autógrafas firmadas por Don Bosco:

<<Dios os bendiga y la Santa Virgen os lleve ella misma una bendición especial. Os encomendaré de corazón en la santa misa>>.

Cuál fuese su efecto nos lo describe el mismo joven:

<<Encontrándome en pésimo estado de salud fueron llamados a consulta algunos médicos. Mientras mi madre estaba con ellos preguntándoles sobre mi enfermedad me llegó la imagen de María Auxiliadora que gentilmente me enviaba Don Bosco. Cuando abrí el sobre y leí las hermosas palabras que Don Bosco me ponía, sentí como una sacudida interior y una gran alegría que me hizo olvidarme de mis dolores. Los médicos mientras tanto anunciaban a mi madre que no podían pronunciarse, siendo imposible visitarme sin que yo me alzase y me sentase en el lecho.

-¿Cómo levantarme? –dije yo entonces-. ¿Así?

Y de un salto me senté en la cama sin necesidad de ayuda alguna. Los médicos se miraron estupefactos, exclamando a una voz que aquello era verdaderamente milagroso y que ellos no lograban explicar cómo se había realizado.

Si bien recuerdo, yo tampoco sabía explicarme cómo había sucedido>>.

La curación, sin embargo, no fue inmediata; pero la mejoría continuó hasta ponerme bien del todo. La madre corrió a comunicar a Don Bosco la gracia, añadiendo que también algunos vecinos habían obtenido estrepitosas gracias de María Auxiliadora. Pocos minutos después, como testimoniaba Don Festa a Don Lemoyne, el santo, hablando de estas cosas del todo conmovido decía:

-Se ve que la Virgen es siempre nuestra buena Madre. Son cosas estas que nosotros vemos con nuestros ojos y cosas de todos los días y de varias veces al día (M.B., XVII, 679).

59.-LAS DEUDAS Y LA PROVIDENCIA (1885)

En julio de 1885, Don Bosco dejó Turín. Los calores de la ciudad hubieran acabado agotándolo, por ello los superiores del capítulo, y por sugerencia del médico, le rogaron que se tomase un espacio de reposo en un clima más templado. Los complació yendo a Mathi, el 15 de julio.

El cardenal Alimonda, más que un arzobispo era su amigo y fue a darle personalmente la bienvenida. Durante la conversación el cardenal preguntó:

-¿Cómo van las cosas de casa? ¿Y las finanzas?

-Eh –respondió Don Bosco-, aquí tengo una letra de cambio que apremia. Se trata de 30.000 liras que he de pagar hoy mismo y no las tengo.

-¿Cómo se las arreglará?

-¿Qué cómo nos las arreglaremos? Espero en la providencia. Aquí tengo una carta certificada que me acaba de llegar. Algo habrá dentro.

-Veamos, veamos –dijo el cardenal.

Abierto el sobre apareció un talón bancario de 30.000 liras. Cómo se quedó el cardenal no es fácil de decir; hombre de corazón, se le saltaron las lágrimas.

Don Bosco, cuando contó esto en la intimidad, añadió otro caso ocurrido dos días antes bajo los ojos de Don Lazzeri. Este debía pagar en el Oratorio una gruesa suma a causa de una deuda; pero reunido todo el dinero le faltaban 1.000 liras. La única esperanza estaba en Don Bosco. Voló a Mathi.

-Mira – le dijo el santo-, todo lo que tengo está aquí en esta carta certificada.

La abrió; contenía exactamente 1.000 liras. Don Bosco mientras contaba estas cosas intercalaba acciones de gracias a la Divina Providencia, animando a todos a darle gracias y poner en ella su confianza (M.B., XVII, 484).

60.-LOS CARAMELOS DE DON BOSCO (1886)

Hacia el final de sus días, Don Bosco, siempre perdidamente enamorado de los jóvenes, cuyos entusiasmos y preocupaciones había compartido durante muchos años, tuvo que renunciar a su contacto directo por razón de sus achaques y de asuntos de orden más general. Hasta las confesiones tuvo que dejarlas, salvo las de los mayores, sacrificándose a los pequeños, que desahogaban su mal oculta envidia con interminables aplausos cuando el santo aparecía en el balcón de sus habitaciones.

La tarde del 3 de junio de 1886, después de haber confesado a los mayores, Don Bosco trató de distribuirles avellanas, los caramelos de aquellos tiempos, que le había regalado la señora Nicolini, y que habían sobrado de un anterior reparto, que tuvo lugar en parecidas circunstancias, el 13 de diciembre del año anterior.

Mandó, pues, a José Grossani, un alumno de la quinta gimnasial, que durante ciertas horas del día era el encargado de presentar las visitas a Don Bosco, que le trajera las avellanas sobrantes.

Grossani el año anterior había sido testigo de la multiplicación de las sagradas formas; no es menester, pues, recalcar el empeño con que ejecutó el mandato y la atención que puso durante todas las fases de la distribución, de la que dejó testimonio escrito algunos años después, cuando ya era párroco de Moncucco de Vernate, en Milán.

Pues bien, narra éste que, habiéndose dado cuenta en seguida de que no había suficientes en razón de los muchos chicos, le recomendó a Don Bosco que fuera discreto, porque había pocas y podían quedarse algunos sin nada.

Don Bosco, por toda respuesta, empezó a repartirlas con una sola mano, pero pronto empezó a hacer cuenco de las dos y a repartir alegremente. A Grossani, que hacía aspavientos, le dijo:

-Tú calla, ¿es que tienes miedo de quedarte sin avellanas?

Los presentes eran sesenta y cuatro. Al paso que el santo iba dando, las avellanas no podían durar mucho; sin embargo, por muchas que salían su número no disminuía nunca, tanto que al final de la distribución el saquito pesaba ni más ni menos que antes.

Ante lo sucedido los jóvenes no pudieron contener su entusiasmo y con sencillez le preguntaron a Don Bosco, cómo había hecho. Don Bosco siguió el juego y con la misma sencillez respondió:

-No lo sé. Pero a vosotros que sois mis amigos os haré una confidencia. Os contaré lo que sucedió aquí en el Oratorio, hace muchos años.

Y comenzó a contarles la prodigiosa multiplicación de las castañas y la más reciente de la multiplicación de las hostias de la que Grossani había sido testigo.

Mientras contaba salió del patio un gran griterío. Eran los cantores que volvían de Valsálce a donde habían ido para un acto académico. Sabiendo de qué se trataba. Don Bosco los hizo llamar y al mismo tiempo ordenó a Grossani que trajera las avellanas.

Grossani, que sabía que había repartido antes casi todas se mostró un poco reticente, pero luego obedeció y cuál no fue su sorpresa al abrir y ver un buen puñado. Las recogió todas y las puso en el saquito con las restantes y las llevó a Don Bosco, el cual a manos llenas las distribuyó entre los cuarenta que acababan de llegar y aún sacó un buen puñado para el portador.

Era profesor entonces un tal Don Saluzzo, que Don Bosco hubiera querido siempre presente en la conferencia de los alumnos; aquella vez no estaba. De allí a poco Don Bosco, viéndole en la biblioteca, le dijo:

-Has hecho mal en faltar esta tarde a la conferencia.

-¿Por qué, Don Bosco?

-Que te cuente Festa lo que ha pasado.

-No, cuéntemelo usted; hágame este favor.

Y Don Bosco mismo le contó la cosa con la misma sencillez que lo hiciera un simple espectador en vez de ser el autor de la misma. Habiéndose esparcido por la casa el acontecimiento todo el mundo comenzó la caza de las milagrosas avellanas.

La tarde del 31 de enero los jóvenes se reunieron por tercera vez y Don Bosco les interpretó los detalles de un sueño que les interesaba. Al final volvió a pedir que le trajeran las avellanas que habían sobrado la última vez. Eran bastante menos, porque alguna mano furtiva había pescado en el saquito.

Como era natural, durante la distribución los jóvenes estaban con los ojos bien abiertos para observar lo que pasara. Pero contrariamente a lo que esperaban esta vez las avellanas se iban acabando, aunque hubo para todos menos para uno de los que sostenían el saquito.

Don Bosco rebuscando encontró una:

-Una más –exclamó.

Luego volvió a meter la mano y sacó un puñado que dio al que faltaba, diciéndole:

-Guárdalas como algo precioso.

Después llamó al catequista y le dio otro puñado, luego al prefecto y también le dio.

Luego dijo:

-Quiero darles también a Mazzola y Bassignana, y los dos tuvieron su parte.

Los jóvenes, más que estupefactos, miraban mudos y como presa de sacro terror.

Al fin de todo, metió la mano otra vez en el saquito, sacó cinco avellanas y mostró su pesar de que algunos jóvenes no estuvieran presentes. Efectivamente faltaban cinco; lo que no se explica es cómo notó su falta, dada la semioscuridad que reinaba en la sala y su mala vista (M.B., XVIII, 16).

61.-UN BRINDIS EN MARSELLA (1886)

En la imposición de sotanas del 4 de noviembre de 1886 realizada por Don Bosco en San Benigno, recibió el hábito Luis Olive. Pues bien, éste, en diciembre siguiente, cayó gravemente enfermo de tifus.

Como quiera que la enfermedad despertaba serias inquietudes, Don Bosco fue en vísperas de Navidad a visitar al enfermo y le dijo:

-Te aseguro que la Virgen te curará.

Sin embargo, los médicos le daban pocas esperanzas de curación.

El 28 llegó su padre, que edificó a todos con su resignación a la voluntad de Dios y por su plena confianza en él.

Recientemente él había dado una prueba en familia de la bondad divina. Una hijita suya parecía morirse. El 9 de diciembre la jovencita, sintiéndose sin fuerzas, pidió que la pusiesen en la cabeza un bonete de Don Bosco, que guardaban en casa como una reliquia. Pocos minutos después dijo a la madre que se encontraba mejor y que le quitasen el bonete. Se durmió, descansando algunas horas seguidas como no lo había hecho desde que se metió enferma en cama. Cuando el padre salió para Turín, estaba convaleciente.

En Turín el señor Olive, comiendo con Don Bosco, tuvo la alegría de oír que el santo le decía en respuesta a un cumplimiento:

-Haremos un brindis en Marsella, cuando a la cabeza de esta mesa se encuentre Luis curado y contento.

Sin embargo, los doctores seguían dando a Luis por acabado.

Pero en la noche del 3 al 4 de enero Don Bosco tuvo un sueño en que se le apareció la Virgen y le dijo:

-Yo soy la humilde esclava mandada por el Señor a curar a tu Luis enfermo. Él ya había sido llamado al descanso; pero para que se manifieste en él la gloria de Dios, tendrá que pensar en su alma y en la de los suyos. Yo soy la esclava a la que el todopoderoso ha hecho cosas grandes

y su nombre es santo. Reflexiona atentamente en esto y comprenderás lo que tiene que venir. Amén.

En una de aquellas noches el mismo clérigo Olive, cuando estaba gravísimo, soñó que Don Bosco, entrando en su cuarto a visitarlo, le había dicho: Está tranquilo, dentro de diez días vendrás a verme a mi cuarto.

La viveza del sueño dejó en el enfermo la persuasión de que Don Bosco en persona había estado en su cuarto y rehusaba creer a quien le decía lo contrario. El 10 de enero las cosas iban tan bien que el padre se volvió a Francia. El 12 Luis se levantó; el 24 apareció en el comedor acogido con grandes muestras de alegría (M.B., XVIII, 252).

62.- DALE AL LOBO (1886)

Un día de febrero de 1886, Don Bosco dijo a Don Rua, su vicario entonces:

-¿Quieres que vayamos a visitar la casa de España?

-Como quiera, Don Bosco.

-Pues bien, conviene que te vayas preparando.

Pasaron cinco o seis días y una tarde después de comer le dijo:

-Escribe a Don Branda (éste era el director de Barcelona) si ha cumplido mi encargo.

-Y ¿si me pregunta cuál, qué le respondo?

-Él lo sabe.

Vaya si lo sabía. Nos lo contó a nosotros también y luego depuso ante los procesos de beatificación de Don Bosco.

<<Una noche, no sabría cómo precisar, noto que llaman a la puerta de mi cuarto. Digo: Adelante. Nadie responde...

Entonces me dispongo de nuevo a dormir, cuando oigo que llaman por segunda vez. Seguro de que me buscaban me visto y corro a la puerta, donde estaba Don Bosco.

-¿Usted aquí? –dije maravillado y confuso-. Si supiese cuánto deseamos verle; pero habríamos querido hacerle un recibimiento.

Quería decirle otras cosas, pero él no parecía dispuesto a escuchar. Como quien tiene prisa me dijo que le siguiera.

-¿Sabe el camino?

-Te digo que vengas.

Él echa a andar y yo le sigo. Veo con maravilla que se dirige derecho hacia un dormitorio y siguiendo adelante me indica uno que estaba durmiendo.

-¿Lo ves? Ese es el lobo y lo tienes que alejar. Míralo bien, es indigno de estar con nosotros más tiempo.

Dicho esto desapareció. Yo me hallé de nuevo en mi cuarto, y abriendo los ojos digo a mis adentros: Menos mal que sólo era un sueño.

Persuadido de que así era, no le di la importancia que al principio pensaba darle y, si bien vigilaba, me sentía dispensado de declarar la guerra abierta al lobo, que me había sido señalado dentro del redil.

Pero cuando recibí la carta de Don Rua, volvía a creer que se trataba de una visión y sin más ejecuté el mandato de Don Bosco dado durante el sueño>> (Francesia G.B., Vida breve y popular de Don Bosco).

63.-TIBIDABO... TIBIDABO (1886)

Un día de 1887, Don Felipe Rinaldi, entonces director del colegio San Juan Evangelista, de Turín, y después tercer sucesor de Don Bosco, habiendo ido a despachar con el santo a Valdocco, lo encontró mirando un mapa. Señalando con su dedo Australia, dijo que también irían a ella los salesianos.

Después señalando España, continuó:

-Aquí estará tu campo de acción (cosa que se verificó dos años después).

Después de unos momentos de pausa Don Bosco le habló de tres perturbaciones de las que España sería teatro y víctima, especificando que en la última se derramaría mucha sangre salesiana.

Era la guerra civil de 1936-39. En aquellos días los rojos se ensañaron contra la iglesia del Sagrado Corazón, en construcción sobre el monte Tibidabo, que se eleva cerca de Barcelona. Mutilaron sacrílegamente la estatua de bronce de ocho metros de alta y seis toneladas de peso. Esa misma estatua, reparada y bendecida ha sido colocada en la cima del templo e iluminada desde Roma por Juan XXIII.

La inauguración del templo y de la estatua del Sagrado Corazón coincidió con el 75.^o aniversario de la ida de Don Bosco a España. El viaje tuvo lugar en 1886, duró desde el 12 de marzo al 16 de mayo y tuvo por meta Barcelona, en donde Don Bosco de setenta años y muy aviejado, obtuvo honores triunfales. Entre los fines de su viaje –además del deseo de conocer

a sus hijos de España y la gran cooperadora de sus obras en Barcelona, doña Dorotea de Chopitea...estaba el de recoger limosnas para el templo del Sagrado Corazón de Roma que le había confiado el Papa León XIII.

Mientras iba a Barcelona, una voz misteriosa le iba repitiendo en el tren <<Tibidabo... Tibidabo>>. Por muchas vueltas que le daba no acababa de descifrar qué quería decir aquella palabra repetida, que le sonaba a una anticipación.

No obtuvo la explicación hasta fines de su estancia en Barcelona. El 5 de mayo quiso ir a despedirse de la Patrona de la ciudad condal, la Virgen de la Merced, en su santuario. Aquí le aguardaba una agradable sorpresa, al final de la ceremonia los propietarios de la cumbre del Tibidabo le entregaron los títulos de posesión del monte, para que construyese <<una capilla dedicada al Sagrado Corazón, para que aplaque la divina justicia y atraiga las divinas misericordias sobre la ciudad y España>>.

Aquellos señores habían adquirido la cima del monte desde 1876 para impedir que fuese profanada con la construcción de un templo protestante o de un casino de juego, como decían otros.

Al oír el ofrecimiento, Don Bosco se iluminó de repente, y tomada la palabra dijo a los presentes, que eran muchos:

-Católicos barceloneses, en estos momentos sois un instrumento de la divina providencia. Sobre el Tibidabo se levantará no una capilla, sino un grandioso templo, que dará mucha gloria a Dios y será testigo de la oración y de la fe tradicional del católico y glorioso pueblo de España (M.B., XVIII, 112).

64.-TELEGRAMA DEL CIELO (1886)

Los salesianos tenían una insigne bienhechora, la condesa Vanda Grocholska, nacida princesa Radziwill.

En marzo de 1886, el día antes de que Don Bosco se pusiese en viaje hacia España, fue atacada por una pleuropulmonía, en Cracovia, y reducida muy pronto a los extremos.

Su hermana telegrafió a Don Bosco, pidiéndole rezar por la enferma. Un médico llamado de París hacía lo posible por salvarla; pero poco después entraba en agonía. Pues bien, el doctor, al tomarle el pulso dio un grito:

-Está salvada.

Pasaron luego dos semanas y Don Rua escribió a una amiga de la condesa para tener noticias, pero ésta no pudo contestar, por lo que se la creyó muerta. Don Bosco estaba en Barcelona, cuando Don Rua, que le acompañaba, le dijo un día:

-La Grocholska ciertamente ha muerto.

-No, no –respondió Don Bosco sonriendo-. Está curada y en este momento está desayunando.

-¿De quién ha tenido noticias?

-Me ha llegado un telegrama del cielo.

Las cosas eran exactamente como Don Bosco había dicho (M.B., XVIII, 30).

65.- REZAD POR HABER SIDO CURADA (1886)

El martes 13 de abril, estando en Barcelona, recibió, según cálculos hechos, unas 2.000 personas.

Una joven de quince años, que tenía pie y mano tullidas, pidió a Don Bosco su bendición. Él la bendijo y luego le preguntó:

-¿Dónde notas el dolor?

-Aquí en la mano –respondió-, no la puedo mover.

Y así hablando no se daba cuenta que la estaba moviendo y gesticulando con ella ante una treintena de visitantes. Don Bosco sonreía mientras ella confusa probaba la sensación de no tenerla flexible todavía; pero el santo le hizo juntar las dos manos y repetir con él: María, curadme.

Luego le mandó que rezara cada día hasta el del Corpus Cristi un Padrenuestro, Avemaría y Gloria, no para obtener la curación, sino en acción de gracias por haber sido curada. Efectivamente, no sólo la mano, también la pierna recobró su movimiento y se fue, con su madre, completamente ágil (M.B., XVIII, 78).

66.-PRESUNTUOSOS BURLADOS (1886)

Estando Don Bosco en Barcelona, tuvo un encuentro sui géneris.

Un día visitó a Don Bosco un sacerdote para decirle con gran secreto que el párroco de Santa María del Pino estaba a punto de morir y que ya había recibido los últimos sacramentos; que la citada parroquia era la más rica de todas y la mejor bajo todo aspecto. Que le pedía una bendición especial para que lograra ganar el concurso.

Don Bosco le respondió:

-Sin embargo, este párroco me mandó unas personas, que me dijeron que si yo le visitaba se curaría. Oigo decir que es un sacerdote excelente, uno de esos que tanto necesita la Iglesia en estos momentos. Yo rezaré por él; además hace pocos minutos le he mandado una medalla de María Auxiliadora. Hagamos, pues, así: usted únase a mis oraciones para que Dios haga de usted y de él lo mejor para su gloria.

Para el concurso a la parroquia se habían apuntado muchos sacerdotes y párrocos; pero todos quedaron burlados, porque el 28 de abril se supo que apenas tocó la úlcera del enfermo la medalla él, que ya estaba desahuciado por los médicos y con sus minutos contados, había salido del peligro y que mejoraba sensiblemente.

Por indagaciones hechas en el archivo parroquial de la iglesia del Pino resulta que el párroco agraciado era Don Francisco de Paula Esteve y Nadal. Ahora bien, en los periódicos del 28 de abril se lee que dicho señor había recibido el Viático. Y en los citados archivos se dice que murió el 11 de abril de 1889, o sea, que vivió tres años más, después de su curación milagrosa (M.B., XVIII, 96).

67.-OFRÉZCANLE ALGO QUE LES CUESTE SACRIFICIO

(1886)

El 13 de mayo en Grenoble, después de la misa, mientras Don Bosco atravesaba a pie la plaza de la iglesia para ir a la casa parroquial, un viejo canoso bien plantado se abrió paso entre la gente y se echó a los pies de Don Bosco para pedirle que bendijera y rogara por su esposa. Toda la ciudad de Grenoble le conocía y le respetaba. Era Pablo Lamache, uno de los fundadores con Federico Ozanam, de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Al llegar a su vejez se había establecido en Grenoble, ahora tenía a su mujer gravemente enferma, que no podía tomar ningún alimento y sin esperanza por parte de los médicos. El marido, hombre de fe, venía a probar la última esperanza.

Don Bosco, oída su apasionada petición, se recogió unos instantes como para consultar a Dios y luego dijo:

-Haga por los pobres algún sacrificio que le cueste de verdad. ¿Sus hijas tienen joyas de familia a las que estén muy aficionadas?

-Sí tienen –respondió.

-Pues bien, que se las ofrezcan a María Auxiliadora para las obras salesianas.

La privación era dura; pese a todo, días después salían certificados para Turín aquellos queridos tesoros. Don Bosco, apenas los recibió, telegrafió a Grenoble: <<Se obtendrá la curación, si es útil para la salud eterna>>.

El efecto fue que la señora curó y vivió veinte largos años más (M.B., XVIII, 130).

68.-DEBE HACERSE POBRE COMO JOB (1886)

En la tarde del 22 de abril de 1887, Don Bosco, montando en coche con Don Belmonte y con Don Viglietti, fue a Sestri Ponente, para visitar a la bienhechora Luisa Cataldi. Al momento de despedirse la señora pidió:

-Dígame, Don Bosco ¿qué he de hacer para asegurarme la salvación eterna?

Es muy probable que ella se esperase algún consejo espiritual de vida ascética o quizás una palabra tranquilizadora, pero Don Bosco, seriamente le respondió:

-Usted, para salvarse, tiene que hacerse pobre como Job.

Bajo forma hiperbólica él repetía su conocida idea sobre la medida de la limosna que los ricos están obligados a hacer, si no quieren fallar a la misión social que la providencia les confía.

La señora, ante aquella salida, quedó desconcertada, de modo que no sabía ni qué decir ni qué hacer. Cuando estuvieron fuera Don Belmonte le preguntó cómo había tenido el coraje para hablar de esa forma a una señora que hacía tantas limosnas.

-Mira –le advirtió Don Bosco-, a los señores no hay nadie que se atreva a decirles la verdad (M.B., XVIII, 307).

69.-ÉXTASIS DE DON BOSCO (1887)

El 1887 fue el último año entero de vida de San Juan Bosco y no es menester hacer un acto de fe para creer, dadas las grandes fatigas a que se había sometido durante su vida de setenta y dos años, que al final estuviese medio ciego, medio cojo y casi mudo, como él mismo escribía desde Lanzo Torinese a la marquesa Azelia Fassati.

Rindiéndose a la insistencia de sus hijos se había retirado a Lanzo veinte días antes, para huir del calor agobiante y buscar un alivio para su pecho oprimido por el bochorno de la llanura.

Allí lo visitó Sor Felisina Torretta, para recibir su bendición, antes de incorporarse al asilo infantil de Lingotto (Turín), de donde había sido nombrada directora. O bien ella conocía la casa o fue encaminada por alguno conocedor de la misma; el caso es que llegó a la habitación de Don Bosco, halló la puerta abierta de par en par y se encontró con Don Bosco en éxtasis en

actitud de escuchar. La mirada fija, la sonrisa dulce, los brazos alzados, el repetido movimiento de cabeza afirmativo decían claramente que estaba en coloquio con un ser invisible, sobrenatural.

Ante aquella vista la monja entró, y llegada a dos pasos de él, pidió insistentemente permiso, alzando cada vez más la voz para atraer su atención, pero en vano.

Tras una espera de diez minutos pasados entre la admiración y la trepidación, Don Bosco hace la señal de la cruz, sonríe amablemente, se inclina y posa los brazos complacido sobre el escritorio. Entonces se dio cuenta de la presencia de la monja, porque se sobresaltó un poco y dijo:

-Sor Felisina, me habéis asustado.

La verdad es que con aquellas palabras trató quizás de disimular el disgusto que, de momento, le causó el inesperado testimonio de aquel insólito coloquio.

Lo que sucedió entonces la monja no lo dijo, pero no dejó de notar que durante el coloquio, Don Bosco estaba de pie sin acusar cansancio, siendo así que desde hacía mucho tiempo no podía estar de pie sin que se le sostuviese.

No fue esa la única vez que Don Bosco tuvo raptos y éxtasis: en Turín, por ejemplo, enseñan todavía el altar, donde celebrando se elevó sobre el suelo irradiando de la cabeza una luz insólita; pero esta vez tuvo por testigo a aquella que él había visto y preconizado Hija de María Auxiliadora y ahora Dios le premiaba de aquella manera el desapego de su casa y afectos familiares.

Separarse de las amistades y de los familiares siempre es una angustia, que Dios alguna vez compensa con señales paternas de complacencia. Esta vez Sor Felisina había dejado la madre anciana, que se curó repentinamente de un antiguo mal en cuanto consintió a su hija que se hiciese religiosa (M.B., XVIII, 377).

70.-“SERÁ LA IGLESIA MADRE DE NUESTRA CONGREGACIÓN” (1862)

Una noche de diciembre de 1862, Pablito Albera (muchacho de 17 años, que precisamente aquel año había sido admitido en la Sociedad salesiana) recibió una confidencia de Don Bosco. Era sábado, Don Bosco había estado confesando hasta las 23, y solamente entonces pudo ir, acompañado por Pablito, a tomar un bocado. Estaba como distraído, y, en un momento dado le dijo que pensaba que la iglesia era demasiado pequeña y que no cabían los muchachos; y que harían otra más bonita, más grande y magnífica, que llamarían iglesia de María Auxiliadora. Le dijo que no tenían dinero ni sabía de dónde lo sacarían, pero eso no importaba y que si Dios quería, se haría.

Poco tiempo después, habló de este mismo proyecto con Juan Cagliero. He aquí su testimonio:

“En 1862 me dijo Don Bosco que pensaba construir una iglesia grandiosa y digna de la Virgen Santísima.

-Hasta ahora, dijo, hemos celebrado solemnemente la fiesta de la Inmaculada. Pero la Virgen quiere que la honremos con el título de María Auxiliadora. Corren tiempos muy tristes y necesitamos que la Virgen Santísima nos ayude a conservar y defender la fe cristiana. ¿Y sabes, además, por qué?

-Creo –respondí- que será la “iglesia madre” de nuestra futura Congregación, y el centro de donde saldrán todas nuestras obras a favor de la juventud.

-Lo has adivinado, me dijo. María Santísima es la fundadora y será la sostenedora de nuestras obras” (M.B., vol. VII, pág.334).

71.-LA VIRGEN HACE LA COLECTA POR DON BOSCO

Si el “pobre Don Bosco” llegó a vencer las dificultades, en la construcción de la iglesia de María Auxiliadora, se debió a la ayuda de la Virgen, que se puso “a hacer las colectas más fructuosas”.

La palabra de “gracias” pequeñas y grandes que Ella concedía a los que ayudaban a la construcción de la iglesia, corrió rápidamente por Turín, y por muchas partes de Italia.

Una de esas “gracias” fue la del banquero y senador José Cotta, bienhechor de Don Bosco, y muy conocido en los ambientes políticos y financieros de Turín.

Estaba el senador, a sus 83 años, postrado en cama, sin que los médicos dieran la menor esperanza –narra Lemoyne- cuando Don Bosco fue a verle. El enfermo le dijo con un hilillo de voz:

-Unos minutos todavía y, luego, hay que marchar hacia la eternidad.

-No, senador –replicó alegre Don Bosco-. La Virgen le necesita todavía en este mundo. Usted tiene que vivir para ayudarme a levantar su iglesia.

-No hay esperanzas...-suspiró el viejo.

La fe de Don Bosco se alió con una audacia tranquila, casi de broma:

-¿Y qué haría usted si María Auxiliadora le obtuviese la gracia de la curación?

Sonrió el senador, recogió fuerzas y apuntó con dos dedos estirados hacia Don Bosco:

-Dos mil liras. Si me curo, pagaré dos mil liras mensuales, durante seis meses, para la iglesia de Valdocco.

-Muy bien, voy a hacer rezar a mis muchachos, y le espero curado.

Tres días después llegaba el senador totalmente curado.

-aquí estoy –dijo a Don Bosco-. La Virgen me ha curado y he venido a pagar mi primera deuda.

Contaremos aquí solamente otras dos “gracias” referentes a la construcción de la iglesia de María Auxiliadora; a pesar de que Don Bosco, el 11 de febrero de 1868, escribía al caballero Oreglia:

“Cada día sucede algo mayor que el anterior, con María Auxiliadora, a favor de la iglesia. Harían falta volúmenes”.

Y en el proceso para la beatificación de Don Bosco, atestiguó monseñor Bertagna bajo juramento:

“Durante una tarde de Ejercicios Espirituales en San Ignacio, Don Bosco me pidió consejo sobre si debía seguir bendiciendo a los enfermos con las medallas de María Auxiliadora y el Salvador, porque, decía, se armaba mucho ruido con las muchas curaciones que se operaban y que tenían el aire de algo prodigioso. Bien o mal, yo creí que debía aconsejar a Don Bosco que siguiese con sus bendiciones.

72.-UNA MAMÁ, UN BEBÉ Y UNAS POBRES ALHAJAS.

Un día había salido Don Bosco a la ciudad. Al volver al Oratorio, vio en la portería a una pobre madre que llevaba en brazos un niño de casi un año, macilento, lleno de pústulas, inmóvil y sin voz. Parecía un cadáver. Se detuvo y preguntó a la madre:

-¿Cuánto tiempo hace que está enfermo?

-Siempre, desde que nació.

-¿Lo ha hecho ver por los médicos?

-Sí, pero dicen que no hay nada a hacer.

-Y usted, ¿estaría contenta si curase?

-¡Imagínese! ¡Es mi pobre hijo!-. Y lo besaba.

-¿Cree usted que la Virgen puede curarlo?

-Sí, pero no merezco tanta gracia. Si me lo cura, le daré todo lo que tengo de más querido.

-Entonces, cuando pueda, vaya a confesarse y comulgar. Diga durante nueve días el “Padrenuestro” y el “Avemaría”, y convide a su marido a rezarlos. La Virgen les oirá-. Y bendijo al bebé con la bendición de María Auxiliadora.

Quince días más tarde, estaba en la sacristía del santuario, en medio de la gente que se apiñaba para hablar con Don Bosco, una mujer que llevaba en brazos un niño de ojos cristalinos y llenos de vida. Al llegar ante Don Bosco, exclamó llena de júbilo:

-Mire a mi hijito.

-¿Qué desea señora?

Don Bosco no recordaba la bendición dada a aquel niño. La mujer se lo recordó y le dijo que, al tercero o al cuarto día de la novena, el niño estaba curado.

-Ahora he venido para cumplir mi promesa-. Y, así diciendo, sacó un estuche donde guardaba sus pobres joyas: una cadenita de oro, un anillo, dos pendientes.

Don Bosco se conmovió, quizá pensó en otros iguales de su madre.

La mujer repetía mientras tanto:

-Le prometí a la Virgen que le daría lo que más quería, y le ruego que lo acepte-. Don Bosco sacudía la cabeza:

-Señora, ¿cuenta con alguna fortuna para hacer frente a la vida?

-No. Vivimos al día con la paga de mi marido, que trabaja en una fundición.

-¿Han hecho ustedes algún ahorrito?

-¿Qué ahorros quiere que hagamos, con tres liras al día?

-¿Y sabe su marido que quiere entregar estos objetos a la Virgen?

-Sí, lo sabe. Y está muy contento de ello.

-Pero, si se quedan sin nada ¿cómo se las arreglarán, si sucede una desgracia, si viene una enfermedad?

-El Señor ve que somos pobres y nos ayudará. Yo debo cumplir lo prometido.

Don Bosco estaba profundamente conmovido:

-Oiga, hagamos así. La Virgen no quiere que usted haga un sacrificio tan grande. Si usted quiere darle un testimonio de su agradecimiento, entréguele solamente el anillo. La cadenita y los pendientes se los llevará a casa.

-Eso no. He prometido darlo todo, y debo darlo todo.

-Haga como le digo. La Virgen está contenta así.

-¿De verdad? Yo no quiero faltar a mi palabra.

-Usted no falta a su palabra. Se lo garantizo en su nombre.

La mujer seguía indecisa. Por fin concluyó:

-Bien, usted mismo. Pero, si quiere todo mi oro, tómelo.

Don Bosco repitió que quedase tranquila y acarició al niño. (M.B., vol. X, págs. 94-96).

73.-UN BRACERO DE ALBA

Un pobre hombre había llegado de Alba, después de viajar a pie día y noche.

Se confesó, comulgó y después se presentó a Don Bosco para cumplir una promesa.

Le contó cómo había estado enfermo. Los médicos le habían dicho que no había nada que hacer, y entonces había prometido a la Virgen llevarle todo su dinero, si curaba.

Curó inmediatamente.

Don Bosco contemplaba a aquel hombre, paupérrimo a juzgar por su vestir, cómo sacaba del bolsillo un papel y lo desenrollaba cuidadosamente.

Entre el papel apareció su dinero: una lira.

Se la entregó solemnemente a Don Bosco diciendo:

-Esto es todo lo que poseo. Toda mi riqueza.

-¿De qué trabaja?

-De bracero. Vivo al día.

-¿Y cómo hará para volver a casa?

-Lo mismo que he venido: a pie.

-¿Y no está cansado?

-Un poco, porque el viaje es bastante largo.

-¿Está aún en ayunas?

-Claro está, porque he venido a comulgar. Antes de media noche, sin embargo, comí un pedazo de pan que llevaba en el bolsillo.

- Y ahora ¿qué lleva para desayunar?

-Nada.

-Hagamos, pues, así. Hoy se queda conmigo. Comerá y cenará aquí. Mañana, si le place, volverá usted a su casa.

-¡Esta sí que es buena! Le traigo una lira y usted se gasta dos o tres para darme de comer.

-Oiga: usted ha hecho su ofrenda a la Virgen. Y ahora Don Bosco le hace la suya: un plato y un vaso de vino.

-Le digo que no. Yo sé que Don Bosco y la Virgen tienen la misma bolsa. Si tengo hambre, pediré limosna. Si me canso, me sentaré al pie de un árbol. Si me viene el sueño, ya habrá quien me deje dormir en un pajar. Quiero cumplir mi promesa del todo. Adiós y ruegue por mí.

Y, sin más, partió (M.B., vol. X, págs. 97-98).

74.-CUANDO SE DICE LA PROVIDENCIA... (1887)

De todas las casas salesianas, la de Vallecrosia fue la más castigada por el terremoto del 23 de febrero de 1887. En seguida, después de la desgracia, hubo necesidad de enviar a sus familias a la mayor parte de las alumnas.

Don Bosco, aun sin saber de dónde saldría el dinero necesario para las reparaciones, envió en seguida al terreno un ingeniero que se hiciese cargo de los daños sufridos y del dinero que haría falta para repararlos.

Este respondió que para la reparación total sería menester una fuerte suma de dinero, pero que de momento y para internar de nuevo a las alumnas bastarían 6000 liras.

Don Rua, al encontrarse con Don Bosco en el comedor, le comunicó el informe del ingeniero, preguntándole al mismo tiempo dónde podrían sacar las 6000 liras. Don Bosco se contentó con responder con su ordinaria serenidad:

- La Providencia.

Habían terminado casi de comer, cuando entró el conde Maistre, antiguo amigo y bienhechor insigne de Don Bosco y de sus obras:

- Mi tía -dijo a Don Bosco-, me ha encomendado un encargo para usted. Le ha dejado un legado en favor de sus obras, pero habiendo reflexionado que este medio no siempre sale bien, ha querido la satisfacción de darlo en vida: aquí está, 6000 liras.

Don Bosco, conmovido a más no poder, presentó al conde el informe del ingeniero, diciendo:

-Vea cómo María Auxiliadora ha inspirado a su tía. Transmítale nuestra gratitud por la generosa providencia (D'Espiney, Don Bosco, 267).

75.-PROVIDENCIA Y PREVISIÓN (1887)

En 1930 el canónigo Carlos Vidale rendía a Don Bosco el siguiente testimonio. Estando como sacerdote en Stradella (Pavía) recibí del arcipreste el encargo de atender sacerdotalmente a la señora Luisa Longhi, viuda que vivía con su hijo sacerdote, muy enfermo como ella... Un día la señora me entregó dinero en paquetes sellados con el nombre de los destinatarios y me mandó a Turín para que los repartiese.

Llegado a Turín me hospedé en el hotel Rocca de Cavour y, con mi maletín, fui en seguida al santuario de María Auxiliadora. Allí pregunté si podría hablar con Don Bosco, y sin más me condujeron a su despacho. En la antecámara fui presentado a Don Viglietti, al cual le dije que deseaba hablar con Don Bosco, el cual a su vez me rogó que esperara un poco porque estaba hablando con el encargado de un señor, mandado para cobrar unas deudas.

Aquí comienza mi episodio con Don Bosco. Tras un poco de tiempo, durante el cual se oía que el encargado insistía en cobrar y Don Bosco en decir que no disponía de dinero y que todo cuanto tenía estaba allí sobre aquella mesa, que luego yo vi, insistió en que dijera a su patrono que le pagaría a lo mejor aquel mismo día, yéndose el encargado murmurando enfadado.

Don Bosco llama a Don Viglietti y le manda introducir al sacerdote recién llegado. Así fui admitido a la presencia de Don Bosco; le besé la mano; él me miró y me dijo:

-¿No será usted la providencia?

Quedé confundido ante aquellas palabras y me limité a exponerle el objeto de mi visita; luego saqué del maletín dos paquetes destinados a él y se los entregué mientras me decía:

-¿Ve usted cómo ha sido mandado por la providencia?

Abrió los dos paquetes y envió en seguida a Don Viglietti a ver si encontraba todavía al encargado recién salido. Cuando lo tuvo delante le pagó lo que debía y le susurró:

-¿Ve usted como la providencia ha pensado desde hoy?

Después de haberle pedido un guía que me acompañase para hacer entrega de los restantes encargos me despedí de Don Bosco, que me preguntó dónde me había alojado. Al oír que en Rocca de Cavour me preguntó si quería pasar la noche en el Oratorio; acepté.

Cené con Don Bosco y los demás superiores. Hice noche en el Oratorio y a la mañana siguiente celebré en el santuario de María Auxiliadora; a mediodía comí con Don Bosco. Al terminar de comer me despedí, porque tenía prisa para llegar a la estación; Don Bosco entonces mandó que me llevaran en coche.

Sonriendo, mientras le besaba la mano, me dijo:

-¿Quiere marcharse de verdad? Mire que no se irá. Quédese...

Yo insistía en irme y él a su vez me repetía:

-No se irá hoy, sino mañana.

Pese a todo me despedí y me encaminé a la estación. Me contaron después que apenas me fui del Oratorio Don Bosco les había dicho a los demás: Ese buen sacerdote quiere salir hoy, pero no saldrá... No volverá en seguida al Oratorio por la vergüenza de haber perdido el tren; pero esta tarde volverá aquí con nosotros y se irá mañana.

Así sucedió. Llegado a la estación el vendedor de los billetes había cerrado la taquilla aunque faltaban diez minutos. No me dejaron entrar en el andén porque no tenía billete. Total, que entre discusiones, carreras y gritos se fue el tren y me quedé en tierra. Por la vergüenza no me atreví a volver en seguida al Oratorio y subí a Superga.

Por la noche me recibió otra vez Don Bosco sonriente y alegre concediéndome hospitalidad. Salí, efectivamente, al día siguiente con un argumento más sobre su santidad (B.S., junio 1930, p. 165).

76.-LEVÁNTESE Y VAYA A CHIERI (1887)

<<No acabaría pronto, narra Ana Zanetti, si quisiese contar todas las gracias que me hizo Don Bosco, en vida y después de su muerte. Referiré una.

A primeros de diciembre de 1887, estando todavía bajo la impresión de la muerte de mi madre, yo, sufriendo y anémica, languidecía por una enfermedad que amenazaba llevarme a una dolorosa operación. Mientras tanto las monjas lateranenses de Chieri me invitaron a ser portera de su convento en Chieri.

¿Qué hacer? No pudiendo moverme me atreví a escribir a Don Bosco rogándole que viniera a verme. Yo no sabía que se hallaba mal de salud. He aquí que antes del día de la Inmaculada

llega a mi casa un misionero de la Patagonia en lugar de Don Bosco a preguntarme qué deseaba, porque él no podía venir por no poder caminar.

Conmovida le expuse mi caso al sacerdote y le rogué que se hiciera conocer la respuesta de Don Bosco. Yo deseaba saber si me moriría o viviría.

Al día siguiente llegó el mismo misionero y me dijo:

-Don Bosco le manda su bendición y le dice que se levante y se vaya a Chieri tranquilamente.

Llena de fe en la palabra de Don Bosco me sentí curada de pronto y fui a Chieri; un mes después me llegó la noticia de que el querido Don Bosco había muerto>> (B.S., octubre 1919, p. 260).

77.-UN OBJETOR DE CONCIENCIA (1887)

Don Francisco Cottrino, salesiano, tenía un hermano llamado Luis Bartolomé, que en 1887 debía presentarse a la revisión militar y tenía miedo de ser declarado hábil. Habiendo tenido ocasión de hablar con Don Bosco en San Benigno, Don Cottrino le manifestó el temor de su hermano, con la esperanza de recibir alguna esperanza.

Don Bosco tomó las manos de Don Cottrino entre las suyas y balanceándose le dijo:

-Está tranquilo, tu hermano no será soldado.

-Pero si no tiene ningún defecto personal que le pueda servir para declararlo exento.

-No irá.

-Pero si tampoco hay motivos familiares.

-No irá.

-Es más robusto que yo y tiene un tórax...

-No irá.

Mientras tanto su hermano se presentó a revisión y no fue declarado útil sino sujeto a nueva revisión al cabo de un año por estrecho de pecho. Al año siguiente aconteció lo mismo. A la tercera fue declarado útil y asignado a la tercera categoría.

Contrariado por el resultado de la última revisión fue a ver a su hermano en Borgo San Martino para mostrarle su disgusto.

-¿Y bien? –le preguntó el hermano-, tranquilo ante la predicción de Don Bosco, ¿cómo ha ido la revisión?

-Mal –respondió-, me han declarado útil, porque de la primera categoría me han pasado a la tercera.

-Pero ¿cómo?- interrumpió Don Francisco-. Don Bosco me aseguró que tú no empuñarías nunca las armas.

-Y no le falta razón. Escucha bien, continuó sonriendo esta vez. Yo estoy bajo las armas, pero no prestaré servicio, porque soy de primera y de tercera categoría...

-¿Qué broma es esta?

-Digo la verdad y no miento por el placer de bromear o de defender a Don Bosco a toda costa. El caso es que llamándome yo Luis Bartolomé, y así diciendo le mostraba la hoja dada por el distrito militar, como Luis Cottrino soy de tercera categoría, porque Bartolomé Cottrino, de primera categoría, ya estaba bajo las armas. De un individuo habían hecho dos.

Don Bosco había previsto el error de persona e iluminado por el Señor y para consolar a dos buenos amigos, de los cuales uno era sacerdote suyo salesiano, pudo anticipar el éxito de la revisión (M.B., X, 1259).

78.- AH, AH, AH (1887)

Singular fue lo que le aconteció a Don Tamietti, director del colegio de Este. Al terminar los ejercicios espirituales, en agosto de 1887, antes de separarse de Don Bosco, le pidió si tenía algo que decirle. Paseaban por el corredor del primer piso de Valsálce y él lo sostenía. Don Bosco le respondió:

-Vamos a mi cuarto.

Cuando estuvieron dentro, Don Tamietti le preguntó qué quería decirle.

-Varias cosas; pero...

Y deteniéndose pensativo, exclamó:

-Ah. Luego la respiración se tornó afanosa, se le puso roja la cara y no podía articular palabra, sólo repetía: Ah, ah, ah. Al ver esto Don Tamietti le rogó que no se preocupara que ya se lo diría en otra ocasión.

Esto acontecía a las cuatro de la tarde; al anochecer, al despedirse de él en el mismo corredor, le dijo:

-Mañana me voy, si tiene algo que decirme estoy a su disposición.

Don Bosco se lo llevó otra vez a su habitación, se sentó como quien se halla oprimido por una gran tristeza, lo miró afectuosamente a la cara; quería hablar pero no podía. Sólo le volvió a salir: Ah, ah, ah...No puedo.

-No se fatigue, Don Bosco –exclamó Don Tamietti-. Ya me lo dirá o bien me lo escribirá. Mientras tanto bendígame.

Puede imaginarse lo intranquilo que se fue. Comprendió que Don Bosco tenía algo grave que decirle; le preocupaba no saber si se refería a su persona, a su colegio, en el presente o en el futuro.

Sabiendo que estaba enfermo, Don Tamietti fue a Turín para verle durante las Navidades. Cuando Don Bosco lo vio le dijo:

-Caro Don Tamietti te agradezco que hayas venido.

Luego lo tomó por la mano, lo miró sin hablar, dejando transparentar cierta ternura; pero tampoco esta vez logró comprender de qué se trataba.

Había verdaderamente misterio en este querer hablar sin conseguirlo nunca. No parece improbable que el arcano de estos silencios tenga que ponerse en relación con una predicción y su relativa realización. Un día Don Bosco le había dicho:

-Trabajarás hasta los cincuenta años y llegarás hasta los setenta y dos.

Nacido en 1848, Don Tamietti fue atacado por fiebres tifoideas en 1898 de las que se libró, pero quedando lesionado profundamente en sus facultades mentales. Vivió de esta suerte inhábil para todo hasta el 1920. Todo exactamente como lo había predicho Don Bosco (M.B., XVIII, 382).

79.-TÚ ME VERÁS, PERO NO TE BENDECIRÉ (1887)

Sor Celestina, superiora general de las hermanas eucaristas escribía el 9 de julio de 1938 a Don Ricaldone, rector mayor de la Congregación Salesiana: <<Nuestra venerada madre fundadora, de venerada memoria, Sor María Cristina de Jesús, antes de venir a Salónica (Turquía) para fundar nuestro pequeño instituto para los búlgaros eslavos, en 1888, quiso ir a consultar con San Juan Bosco sobre su vocación no ordinaria>>.

Hallándose ella en la conferencia de los cooperadores salesianos el 23 de mayo, fue a besarle la mano en la sacristía junto con la gente. Entonces el santo, antes que ella le revelase su secreto, la previno y le dijo:

-Eurosia, tú has pedido una señal a la Santísima Virgen sobre tu vocación; pues bien, ella te responde por mi medio. Ven a visitarme y te daré más explicaciones.

No tardó mucho en ir y el santo le aseguró que era voluntad de Dios que fuese a Salónica para ayudar a su hermano misionero, donde ambos tenían que fundar una comunidad de monjas indígenas para los búlgaros eslavos, y le dio otras muchas normas. Antes de despedirla le dijo:

-Cuando te vayas a tu destino vendrás a verme, pero yo no te bendeciré, no podré hacerlo.

La profecía se cumplió. Nuestra madre fundadora, teniendo que marcharse el 3 de febrero de 1888, fue el 1.º a pedirle la última bendición. Cual no fue su sorpresa al encontrar al santo muerto y su cadáver expuesto. Recordó en seguida sus proféticas palabras: - <<Tú me verás pero yo no podré bendecirte>>.

La fundadora quiso deponer bajo juramento este hecho histórico en favor de su causa de beatificación (M.B., XIX, 450).

FIN

